

ESTUDIOS HISTORICOS.



(Véase el asunto en la página 26, segunda columna.)

LA REINA DE ESPAÑA DOÑA JUANA.

LLAMADA COMÚNMENTE LA LOCA. (1)

II.

La salud de la reina doña Isabel era muy delicada desde que en las fatigas y afanes del sitio de Granada había contraído una llaga maligna, que la iba destruyendo lentamente; pero desde que su hija doña Juana había vuelto a Flandes, se la vio agravarse y caminar á pasos agigantados hacia el sepulcro. Nada tenía de extraño que el alma generosa de aquella reina padeciese mucho, pues después de haber elevado los reinos de España á tanta altura política, después de haberlos llenado de felicidad y de porvenir, tenía el disgusto de haber perdido todos sus hijos, y la única que le quedaba, la heredera de tan ricos y dilatados dominios, no podía gobernarlos

porque estaba incapacitada. Había perdido el juicio por una ligereza de su esposo, y éste precisamente era el que había de heredarlos y regirlos á nombre de la que había moralmente asesinado. Estas consideraciones no hay duda que afligirían extraordinariamente su real ánimo, y de su mismo testamento se deduce, cuanto se ocupaba de este pensamiento, pues en una de sus cláusulas dice así: «por cuanto puede acaecer, que al tiempo que «Nuestro Señor de esta presente vida me llevare, la dicha princesa mi hija no estuviere en estos mis reinos, «ó estando en ellos no quisiese ó no pudiese entender en «la gobernacion de ellos, el rey mi señor los rija y administre y gobierne por la susodicha mi hija, hasta «tanto que el infante don Carlos mi nieto, hijo primogénito heredero de los dichos principes, sea de edad legítima, á lo menos veinte años cumplidos, para los regir y gobernar, etc. Por donde se vé las muy pocas esperanzas que tenía de que doña Juana recobrase completamente el juicio, y la repugnancia á que mandase su esposo.

En efecto, la reina Católica no tardó mucho en pagar el comun tributo, falleciendo en Medina del Campo el día 26 de noviembre de 1504. Al día siguiente el rey don

(1) Véase el número anterior.

23 de febrero de 1848.

Fernando mandó alzar pendones, y proclamar por reina de España á su hija doña Juana, enviando al momento correos que les avisasen de la muerte de la reina, y les hiciesen presente la necesidad de presentarse á gobernar los reinos de que eran señores naturales; y al mismo tiempo reunió cortes en la ciudad de Toro, que en 11 de enero del año de 1505 juraron á doña Juana como reina propietaria. No les fué posible por entonces á los príncipes ponerse en camino, tanto por no abandonar los asuntos de Flandes, cuanto por lo avanzado de la preñez de la reina, que á poco tiempo dió á luz á la infanta doña Maria.

Arreglados los asuntos de los estados de Felipe, y restablecida doña Juana del parto, se embarcaron para España, y un fuerte temporal los arrojó á las costas de Inglaterra, cuyo monarca Enrique VII los recibió con mucha pompa y cortesía; pero abusando de la posición en que aquella casualidad colocaba á los nuevos reyes, les exigió la entrega del duque de Suffolk, llamado el de la Rosa blanca. Después de aceptada esta condición, partieron en dirección de España, y á 26 de abril de 1506, llegaron felizmente á la Coruña, donde se había reunido la mayor parte de la grandeza para recibir y rendir pleito homenaje á sus nuevos monarcas. Desde allí se dirigieron á Valladolid, donde fueron jurados reyes propietarios, y disfrutaron algún tiempo de las fiestas y regocijos públicos con que procuraron obsequiarlos.

Doña Juana en esta época parecía estar bastante tranquila, y si bien no tomaba gran parte en los asuntos políticos, que se dirigían á gusto de su esposo; su razón sin embargo parecía haberse afirmado algún tanto con el cambio de posición, y con las atenciones del rey que le procuraba toda especie de consuelos. Pero esta esperanza de felicidad había de huir delante de ella como una sombra vana, y su razón había de sufrir el último choque y desaparecer completamente. Luego que se concluyeron las cortes de Valladolid, los reyes determinaron recorrer las principales capitales de España, para satisfacer el deseo que tenían sus vasallos de verlos y obsequiarlos, y disfrutar de las magníficas fiestas que preparaban para celebrar su advenimiento al trono. Comenzaron su carrera por Burgos, donde la divina Providencia tenía decretado la habían de terminar, pues á pocos días de haber llegado á aquella ciudad, don Felipe se acaloró demasiado en una partida de pelota, de cuyas resultas le acometió una pulmonía aguda, que en seis días le quitó la vida. Murió este joven monarca el día 29 de setiembre de 1506 cuando solo contaba veinte y nueve años de edad, y seis meses de reinado, de cuyo tiempo, poco mas ó menos, quedó embarazada doña Juana.

Cuando esta pobre señora vió que la muerte le acababa de arrebatarse tan rápida é inesperadamente, su última esperanza, fué tal el dolor que sintió, que quedó por algún tiempo enagenada y fuera de sí. Se encerró en su aposento y allí sola apuraba hasta no poder mas la amargura que despedazaba su corazón. Su amor hacia su esposo había sido siempre exagerado, ahora que lo perdía para siempre, su mal era irremediable, era una completa locura. Durante este enagenamiento de la reina, se habían hecho los funerales, y el cadáver de don Felipe había sido depositado en la cartuja de Miraflores; pero á pocos días mandó que se lo trajeran, y colocasen en una caja bien cerrada y embetunada. Hecha esta operación se encerró con el cadáver en su cuarto, donde no permitía que nadie entrase, y donde pasaba noches y días contemplando aquellos restos mortales que con tan exagerado delirio había amado. Ni las súplicas de sus damas, ni las amonestaciones del venerable arzobispo don Fr. Francisco Ximenez de Cisneros, ni los ruegos de los grandes que le hacían presente la necesidad de ocuparse de los negocios del reino, nada en fin, hasta

para hacerla desistir de su propósito, antes por el contrario se afirmó mas en él; y para que nadie entrase en su habitación, poder recibir el alimento, y contestar á los que la hablaban, hizo practicar en la puerta un ventanillo, por el cual le servían la comida, y le hablaban de los asuntos indispensables de gobierno.

Viendo esto los grandes, presididos por el arzobispo Ximenez de Cisneros, fueron á decirle el estado de alteración en que se hallaba el reino, y lo indispensable que era atender á la gobernación de tantos, y tan poderosos dominios, y puesto que lo delicado de su salud no se lo permitía por entonces, admitiese por compañero en el gobierno, ó bien á su padre el rey don Fernando, ó á su suegro el emperador Maximiliano. Los oyó por el ventanillo con mucha atención y tranquilidad, y luego les contestó en estos términos: «Estoy determinada á pasar mi vida en el retiro de viuda, libre enteramente de las ocupaciones del reino, que me son extraordinariamente molestas, y no me creo capaz de desempeñarlas dignamente. Si mi hijo Carlos estuviera en edad de pasar desde Bélgica á España, y de tomar sobre sí el peso del gobierno, esto era lo que todos debíais desear. Pero como esto no puede ser, prefiero que venga mi padre don Fernando, que conoce bien la España, y que á costa de grandes trabajos restableció el reino de Castilla, que estaba tan abatido. Maximiliano bastante tiene que hacer con los cuidados y negocios del imperio, y si se le añade el nuevo cuidado de la administración de estos reinos, cuyas costumbres y leyes le son desconocidas, indudablemente sucumbirá.» Concluida esta tan acorde contestación, cerró la ventanilla, y volvió á su acostumbrado duelo y abstracción junto al féretro de su marido.

El arzobispo y los grandes que con él estaban, aunque á nada pudieron resolverla, alentados sin embargo por la sensata respuesta que les había dado, concibieron alguna esperanza, de que si se determinaba á tomar parte en los negocios públicos, tal vez olvidaría, ó al menos no estaría tan entregada á aquella funesta pasión; volvieron á llamarla insistiendo en que los escuchase, y proveyesen algunas cosas absolutamente indispensables, y entre otras le ponderaron la necesidad de proveer algunos obispos que había vacantes, de lo cual se seguía muchísimo daño á la religión en general, y en particular á las iglesias privadas de pastor. *Convengo con vosotros (les dijo) y creo que la provision de obispos es muy necesaria; pero yo soy muger y no entiendo de esto. Aguardad la venida de mi padre, que conoce los méritos de cada uno.*—Mas, señora, le añadió Ximenez, ¿no podria vuestra alteza tomar parecer de alguno de los presentes para asegurar el acierto de la elección, y no esponer las iglesias vacantes á la corrupcion de costumbres, y demás males que son consiguientes?—*Mayores se seguirán, le replicó, de que elija pastores ineptos ó inútiles para gobernar la grey de Jesucristo, porque muy fácil es que cada uno de vosotros tenga sus amistades particulares á las que quiera favorecer.*—Pues bien, señora, le añadieron, en ese caso dignaos escribir á vuestro padre el rey don Fernando significándole vuestra voluntad. «Pero á esto ya no quiso contestar, cerró el ventanillo, y volvió á su desgraciado delirio, sin que pudiesen ya en muchos días lograr que les contestase.

En vista de esta desigualdad que se notaba en la desgraciada reina, viéndola en un momento pasar de la mayor cordura al extremo del delirio, decían, según la credulidad poco ilustrada de aquellos tiempos, que la querida del rey usando con ella de maleficios, y dándole bebedizos, había conseguido que la infeliz doña Juana tuviese fuerza para discurrir, y memoria para obrar, y le faltase prudencia para discernir lo que á sí misma convenia. Mas en la realidad no era otra cosa, sino que el juicio rara vez se estingue completamente en los de-

mentes, y la reina tenía mas dañado el corazón que la cabeza, y por eso discurría con acierto en todo lo que no tenía relación con lo que la había causado su mal.

No se pasó mucho tiempo sin que á la misma doña Juana se le hiciese insoportable aquel lugar y aquella vida penosa, y llamando á Ximenez de Cisneros, le intimó, que era necesario que ella y la corte saliesen al momento de Burgos, de aquella ciudad donde había muerto su esposo, y donde no tenía mas que recuerdos tristes. Ximenez quería suspender por entonces el viage, atendido el estado de la reina, que había entrado ya en el último mes de su embarazo, y á lo crudo de la estación; pero la voluntad de doña Juana había sido siempre decidida y enérgica y no se atrevió á contradecirla por temor de que no se irritase mas su enfermedad. En consecuencia mandó trasladar la corte á Valladolid, y se dispuso el viage segun la voluntad espresa de la reina. Salíó de Burgos el dia 20 de diciembre de 1506, haciendo las jornadas cortas y de noche, y con el acompañamiento y órden siguiente. Precedía un crecido numero de hombres con hachas encendidas; seguian luego muchos frailes de San Francisco, tambien con luces encendidas; ademas el prior de la cartuja de Miraflores y algunos de sus monges, que diariamente decian misas y vigiliass por el alma del rey, cuyo féretro iba en medio de este fúnebre y extraño acompañamiento seguido del carruaje de su desolada viuda, y de los caballeros y damas de su casa. De este modo caminaron hasta el viernes, en cuyo dia llegaron á Torquemada, de donde la reina no quiso pasar de ningún modo. El arzobispo y demas caballeros que formaban parte de aquel cortejo fúnebre, tanto por su comodidad propia, como por la de la señora, que estaba alojada en las casas de un clérigo, junto al rio, la suplicaban muy encarecidamente continuase su viage hasta Valladolid, pero ella insistió en que su embarazo estaba muy adelantado y se sentia muy mala. Fuerza fué quedarse allí hasta que el 14 de enero de 1507 parió á la infanta doña Catalina.

Fué el año de 1507 terrible y afflictivo para España, pues á consecuencia de una miseria y escasez espantosa, se desarrolló la peste que causó muchísimos daños en Castilla. La villa de Torquemada había ya sido invadida por la enfermedad, y el arzobispo temiendo por la vida de la reina, la suplicó permitiese salir de un lugar en que amenazaba un peligro tan inminente; pero doña Juana contestaba que aun no estaba completamente restablecida del parto y que se sentia muy mal. Nada fué bastante para cambiar su opinion, y Ximenez perdida ya toda esperanza, mandó que se quedasen las personas indispensables para la asistencia y servicio de doña Juana, en cuya compañía y guarda quedó él mismo, y envió lo restante de la corte á Palencia.

La peste iba aumentando diariamente sus estragos en Torquemada, y Ximenez que no sosegaba por el inminente peligro, suplicaba encarecidamente á la reina que saliese de allí y pasase á un lugar mas sano y no tan peligroso. Por fin se convenció de lo justo de sus súplicas, y á fines de abril volvió á emprenderse la marcha con el mismo aparato con que se había salido de Burgos. Mas pronto se cansó la reina de viajar, pues al llegar á un pequeño pueblo, distante dos leguas de Torquemada, llamado Hornillos, vió la casa de un rico labrador, le agradó y quiso fijar su residencia en ella. Inútiles fueron cuantas instancias le hicieron para que pasase á Palencia, donde podia estar con mas comodidad; su contestacion siempre fue que la instaban era la misma: *Una viuda no debe residir en las grandes capitales*. Por consecuencia, continuó en este pequeño pueblo, siempre encerrada, siempre junto al féretro de su esposo, dirigiéndole ya palabras amorosas, ya quejas amargas, ya reconvencciones terribles, con lo cual se aumentaba su delirio, y se hacia su enfermedad mas incurable.

De este modo continuó hasta que le anunciaron que su padre el rey don Fernando había vuelto á España, y aunque al recibir la noticia ni mostró grande alegría, ni cambió en nada su género de vida, dijo sin embargo que deseaba salirle al encuentro hasta la raya de Castilla; pero previniendo que las jornadas habían de hacerse como siempre. El arzobispo de Toledo con la autoridad que le daban sus respetables canas, y su posicion como gobernador y regente del reino, intentó persuadirla para que caminase de dia, y sin el cadáver de su esposo; pero ella aferrada en su opinion le dijo: *No os canséis, esto es lo que exige el decoro de una viuda, porque la que ha perdido el sol de su marido, conviene que evite la luz del sol material*. No había, pues, mas remedio que repetir todas las noches el entierro, único espectáculo que complacia á doña Juana, única melodía que sonaba bien en sus oídos.

De este modo llegaron hasta Tórtolas, donde fué á encontrarla su padre, que al ver aquellos ojos errantes, aquel rostro pálido y desencajado, á su hija querida sin juicio; al recordar las causas que habían producido en ella tanto estrago, el corazón se le ahogaba de sentimiento, y estrechándola entre sus brazos lloraba como un niño. Su hija permanecía inalterable, y sin derramar una sola lágrima le decia: *Vos, padre mio, llorais, pero yo no puedo hacerlo porque cuando sorprendi á mi esposo con aquella muger, mis lágrimas se agotaron para siempre. ¡Tal fué mi dolor y sentimiento!* La presencia y palabras de su padre, á quien amaba entrañablemente, la tranquilizaron algun tanto, y le dijo que queria fijar su residencia en Santa Maria del Campo, distante veinte millas de la ciudad de Burgos, á cuyo punto se dirigia entonces don Fernando; pero empeñándose en llevar consigo el cadáver de Felipe.

Establecida en este punto, continuó como en los anteriores, y aunque alguna vez aprovechaban las ocasiones para ver si lograban distraerla, y apartarla de la idea dominante que de dia en dia agravaba su mal, todo era inútil, su razon se estraviaba de cada vez mas, y todo lo que se hacia, lejos de aliviarla la irritaba. Don Fernando que había traído el capelo de cardenal para el arzobispo Ximenez de Cisneros, quiso que las ceremonias y fiestas de su recepcion se hicieran en presencia de su hija y proporcionarla esta distraccion, pero cuando se lo dijeron, se exasperó en términos, quedaba voces desaforadas diciendo: *Es indigno de mi virudez que en mi presencia se hagan fiestas de ninguna especie ni nada alegre. Que vayan á celebrar esta ceremonia dotra parte donde mejor les pareciere, y todo cuanto haga falta paños de oro, seda, ornamentos, se pagarán de mi real erario, y yo misma me encargo de mandarlos*. Tuvieron, pues, que desistir respetando el delirio de aquella desolada señora, que en todo creia ofender la memoria de su difunto esposo.

Su delirio lejos de disminuir aumentaba diariamente, su enfermedad no daba esperanza alguna de alivio, y estaba loca rematada; mas sin embargo, era la reina propietaria; y su nombre y consentimiento era necesario que figurasen para dar al gobierno algun carácter de legitimidad. Esta consideracion movió al rey Católico á consultarla y á arreglar con ella las condiciones para entrar de nuevo en la gobernacion de España. Fué á Burgos y de allí pasó á ver á su hija, que admitió sin réplica cuanto se la propuso, y consintió en que su padre gobernase con ella, poniendo por su parte una sola condicion; que la habían de dejar en completa libertad para permanecer en la villa de Arcos, y tener consigo el féretro de su difunto esposo, sin que se la pudiese obligar á volver á Burgos, donde había sufrido tan irreparable pérdida. Esta peticion le fué otorgada, se le dispuso en Arcos habitacion cómoda, y se le puso servidumbre como á su persona y estado convenia. La reina Germana

quiso también visitarla, y á 2 de setiembre fué á Arcos, y tuvo la satisfacción de que doña Juana le pidiese y besase la mano como á la esposa de su padre, y de que todo el tiempo que estuvo allí con su esposo, estuviese muy tranquila y razonable. Pasados veinte días se marcharon, y la desgraciada doña Juana volvió á quedar sola con su enfermedad, sin cuidarse de otra cosa que de contemplar aquella caja fúnebre donde estaba el ídolo de su amor, aunque sin vida.

III.

Casi año y medio pasó doña Juana en Arcos sin que su delirio mejorase en nada, ni se encontrase medio alguno para templar su importuno y terrible mal. Desesperanzado ya el rey Católico sobre este punto, determinó tomar una resolución definitiva, para que su hija estuviese mejor asistida y con mas comodidad y decencia. Al efecto eligió el palacio de Tordesillas, y él mismo fué á la villa de Arcos para hacer presente á su hija la disposición que acababa de tomar, y según ella, en febrero de 1509, se trasladó á la nueva morada que le habían preparado; pero sin querer de ningún modo separarse del cadáver de su marido, que llevó consigo como en los anteriores viajes. Con este proceder no parecía sino que esta señora tenía empeño en hacer que se cumpliese la profecía de una muger anciana, que cuando Felipe el Hermoso pasó por Galicia, viéndole tan apuesto y lindo joven, preguntó ¿quién era? Y diciéndole que el rey, exclamó: «¿Qué lástima! mas caminos y mas tiempo tiene que andar por Castilla muerto que vivo.»

Sea que la mudanza á Tordesillas no fuese muy del agrado de la reina y por respeto á su padre no se atreviese á manifestarlo, ó bien que el cambio de temperatura y aposento influyesen en ella, allí se exasperó de un modo que temieron por su vida. También contribuyó mucho á esto el que estaba encargado de su casa y cuidado un caballero valenciano llamado Luis Ferrer, ya muy anciano, y de carácter duro, aunque muy honrado. Sea por las rarezas propias de sus años, ó porque doña Juana le hubiese tomado aversión, todo cuanto disponía encontraba en ella una oposición terrible, lo cual la colocó en un extremo lamentable. Jamás pudo conseguir que saliera de los aposentos retirados y lóbregos donde se había metido para pasar á otros de mejor luz y mas ventilados, donde pudiese respirar aire libre y tener alguna distracción. En el invierno se negaba á ponerse los vestidos forrados de pieles que le daban para el abrigo, no quería dormir en su cama sino en el suelo ó sobre unas tablas, y cuanto mas la encargaba Ferrer que se vistiese ó aliñase, mas empeño tomaba ella en ir sucia y mal vestida.

A poco tiempo dió en la manía perjudicial de no querer comer ni beber, tanto que á veces pasaba tres días completos sin tomar nada, y cuando acosada por la necesidad tomaba algo, se empeñaba en que no habían de sacar de su habitación ninguno de los platos que entraban con vianda, de modo que con la falta de aseo, el olor de la carne y demas manjares corrompidos y la ninguna ventilación, era tal el hedor que había en su habitación, que era imposible tolerarlo. La infeliz reina estaba sepultada en un hediondo muladar, y su vista causaba al mismo tiempo horror, repugnancia y lástima. Ferrer no se tomaba ya ningún trabajo, la había entregado enteramente á discreción de su delirio. Alguna vez pasaba por la débil y trastornada cabeza de la desgraciada señora un fugaz relámpago de razón, que la recordaba su antigua posición y poderío, y entonces se la oía quejarse amargamente, de que siendo reina de tantos y tan vastos dominios, se la hubiese quitado la coro-

na y arrancádola del trono, para sepultarla en aquella oscura y hedionda cárcel bajo el dominio de tan rudo carcelero.

Enterado don Fernando del estado deplorable de su hija, al año siguiente de 1510, de paso para las cortes de Monzon, fué á visitarla, y visto por sus ojos lo que pasaba, reunió los grandes de Castilla para con su consejo ordenar el método que en adelante debería observarse en la asistencia y cuidado de la reina, y en consecuencia determinaron, que después de provisto lo que á la decencia y alimento de su persona tocaba, se pudiesen doce señoras de la nobleza para que continuamente hubiese alguna en vela junto á ella, y la obligasen á vestirse, desnudarse y mudarse de camisa, aunque fuese contra su voluntad. En los veinte días que el rey estuvo acompañando á su hija, lo pasó menos mal, mas después la violencia misma que se la hacía para cumplir lo ordenado por su padre, escitaba su frenesí hasta el extremo.

Posteriormente el cardenal Ximenez de Cisneros en una de las ocasiones en que fué á visitarla, comprendió con su despejado talento, que el medio adoptado no era el mas análogo á su carácter, ni el mas á propósito para su alivio, y trató de buscar otro. Enterado por los mismos dependientes del palacio, de la aversión que la reina tenía á Ferrer, y de la incuria de éste en su cuidado le jubiló, y nombró en su lugar á don Fernando Ducos de Estrada, natural de Talavera. Este ilustre caballero, de modales finos, de talento aventajado y sutil, buscó lo primero modo de captarse la voluntad de la reina, á quien trataba siempre con un respeto, dulzura y amabilidad grandísima, y lejos de contrariar sus locos caprichos, procuraba eludirlos con habilidad suma. Con este método en muy poco tiempo consiguió que permitiesen limpiar su habitación y sacar de ella todos los platos é inmundicias que había, y poco á poco logró que comiese y bebiese con regularidad, que durmiese en su lecho, que se vistiese y asease, y por fin que mudase de habitación, y hasta que fuese á la iglesia y asistiese á los divinos oficios, lo cual fortaleció mucho su físico, y mejoró también algún tanto su locura, puesto que sus accesos eran menos frecuentes y violentos. Tan visibles y satisfactorios fueron los resultados del tratamiento empleado por don Fernando Ducos con la reina, que don Carlos le escribió una carta afectuosísima, dándole las gracias por el cuidado que tenía con su madre.

Viéndola en tan buen estado, se resolvieron á separar de su vista el féretro de su marido, que fué conducido á Granada; y aunque se exasperó mucho cuando lo echó de menos, lograron al fin tranquilizarla. Mas á pesar de esta mejoría no volvió á recobrar nunca su razón ni á poder entender en las cosas de gobierno, porque los intervalos de tranquilidad y completa razón eran muy pocos. Sin embargo, después de esta época se ven algunas cédulas reales publicadas á su nombre y firmadas de su mano, y de ellas tengo á la vista una dada á 16 de diciembre de 1529, sobre arrendamiento de las rentas reales, de donde he tomado el facsímil de su rúbrica, que es el siguiente.

Aunque ya después de esta época no había nadie en España que no estuviese plenamente convencido de que la enfermedad de doña Juana era de todo punto incurable, sin embargo, las circunstancias políticas poco favorables para estos reinos, hacían conservar algún resto de esperanza de su alivio, alimentado mas bien por el buen deseo de sus vasallos, que por la posibilidad. Por esto en algunas de las cortes que se celebraron durante la menor edad de don Carlos, y lo mismo después de haberse encargado del gobierno, había siempre un recuerdo para aquella desgraciada señora. En las que se celebraron en Valladolid en 4 de enero de 1518, se estableció; que si en algún tiempo Dios diere salud á la

reina doña Juana, señora propietaria de estos reinos, el rey desistiese de su gobernación, y la reina solamente gobernase. Que en todas las cartas y despachos reales que viviéndola la reina su madre se despachasen, se pudiese primero el nombre de la reina y luego el suyo, y que no se llamase mas que príncipe de España.

También en una de las peticiones se decía: que la

reina doña Juana, madre del rey, estuviese con la casa y asiento que á su R. M. se debía como á reina y señora de estos reinos; y por esta causa sin duda el emperador Carlos V. hizo algunas mejoras y tomó algunas disposiciones en el servicio del palacio de su madre en Tordesillas, y en 15 de marzo de este mismo año, encargó á don Bernardo de Sandoval, marqués de Denia,

y á su esposa, el cuidado de la persona, y casa de la reina su madre.

En las cortes de Aragon y Cataluña se opusieron también á reconocerle por rey mientras viviera su madre, y al pedirle les guardase sus fueros dijo, que así lo haría, pero pues veían la disposición de la reina su madre, les pedía y rogaba le alzasen por rey como lo habían hecho en Castilla. Pero esto no eran mas que buenos deseos, la corona de España había caído de las sienes de doña Juana cuando su marido cayó en el sepulcro, y no había de volver á estar su cabeza en disposición de sostenerla.

A pesar de este convencimiento, algunas veces se quiso apelar á su autoridad y resucitar su poder aunque no fuese mas que en la apariencia. Cuando en el año de 1520, la España peleaba en defensa de su libertad agonizante, de sus fueros hollados y despreciados, y de su riqueza malbaratada por los flamencos que habían acompañado, y eran los favoritos de Carlos V; cuando los comuneros levantaron en Castilla la enseña de la independencia; los gefes de uno y otro partido acudieron á la reina doña Juana para dar valor á sus determinaciones y robustecer su autoridad. El cardenal Adriano, entonces gobernador de España, fué el primero que convencido del respeto y amor que los españoles han tenido siempre á sus monarcas legítimos, y de cuánto poder y prestigio ha tenido entre ellos el solo nombre de su rey, determinó apelar á la reina doña Juana para salir de las apuradísimas circunstancias en que el levantamiento de las comunidades, y particularmente la de Valladolid, le habían puesto.

Para obrar con mas energía escudado con la autoridad de la reina, envió á Tordesillas al presidente del consejo don Antonio de Rojas, arzobispo de Granada, y algunos otros consejeros para que implorasen la autoridad de doña Juana. Esta los recibió con mucho agrado y benevolencia; pero les dijo: *Quince años hace que no me se trata verdad, ni á mi persona bien, como debían; y vos sois el primero que me habeis mentido, añadió señalando al marqués de Denia. Este poniéndose de rodillas contestó: Verdad es, señora que yo os he mentado; pero he sido por quitaros de algunas pasiones; y hago saber á V. M. que el rey vuestro padre es muerto y yo le enterré. La reina pareció no hacer caso de esta infausta noticia, lanzada como un rayo sin prevención alguna, y volviéndose al arzobispo le dijo: Obispo, creedme, que me parece que todo cuanto veo y me dicen que es sueño.—Señora, añadió el presidente, en vuestras manos está despues de Dios el remedio de estos reinos, y mas milagro hará V. M. en firmar, que San Francis-*

co. Iba á darle las provisiones que traía preparadas; pero ella les dijo: *Pues bien, idos á reposar, y volved mañana.*

Al día siguiente volvieron á su presencia, y doña Juana aunque los recibió bien, no los mandó sentar, y despues de discutir entre si la habían de hablar de pie, de rodillas, ó sentados, dijo el presidente: *Señora, el consejo no se ha de tener de esta suerte, y mandó traer sillas para sentarse.—No sillas, sino bancos,* dijo la reina con autoridad, *porque así se hacia en vida de la reina mi madre y señora, y al obispo que le den silla. Obedecieron sin replicar los del consejo, y comenzaron una conferencia que duró seis horas, durante las cuales la reina estuvo muy tranquila y acorde, determinando por fin, que se volvieran á Valladolid, y reunidos con los demas del consejo, acordasen lo que convenia hacer, y le trajesen las provisiones, que ella las firmaría.*

Esto no pudo tener efecto, porque Juan de Padilla que mandaba entonces las tropas de la comunidad, se puso sobre Tordesillas y la tomó. Avisada la reina mandó que saliesen á recibirle, y la villa lo verificó con muy lucido acompañamiento, que llevó en triunfo á Padilla entre los vivas y aclamaciones de un pueblo entusiasmado, al ver dentro de sus muros al defensor de la libertad de Castilla. Luego que descansó, pasó á ver á la reina, que le recibió muy bien y le preguntó quién era y á qué venia. «Yo, señora, le contestó, soy Juan de Padilla, hijo de Pedro Lopez de Padilla, que fué capitán general en Castilla, y sirvió con lealtad á la reina doña Isabel, vuestra madre, y ahora vengo á servir á V. M. con la gente de Toledo. Y ya que me lo permitis, señora, os hago saber, que despues que el Católico rey vuestro padre ha fallecido, ha habido y hay en estos reinos muchos males y disensiones por falta de gobernador, pues aunque el ilustre y poderoso don Carlos, vuestro hijo, ha gobernado en España, por su pronta partida quedan estos reinos muy alborotados, y levantados en tanto grado, que estaban para se abrasar, y por esta causa vengo con un ejército de agentes de Toledo, para que V. M. me mande, segura, de que estoy pronto á morir en su servicio.»

Escuchó la reina su arenga mostrando mucha extrañeza, y luego le contestó: *Nada sé de cuanto me habeis dicho, porque diez y seis años hace que estoy encerrada en mi cámara en guarda del marqués de Denia, y me maravillo de oír lo que acabais de referirme. Si hubiera sabido la muerte del rey mi padre, hubiera salido de aquí á remediar algunos de estos males. Id vos ahora, que yo mando que tengais el cargo y useis el*

oficio de capitán general en el reino, y poned todo recaudo en las cosas que son menester hasta que yo provea otra cosa, y sin esperar mas, se metió en su retrete.

Aprovechando despues Padilla la buena acogida primera, tuvo varias conferencias con doña Juana, que se mostró algunos dias muy adicta al partido de los comuneros, tanto que quiso que la junta llamada Santa, se reuniese en Tordesillas y daria autoridad con su real presencia, y al efecto despachó sus provisiones y cédulas firmadas de su mano; aunque los enemigos de los comuneros hicieron correr la voz de que eran falsas, porque la reina no estaba en disposicion de entender de estos asuntos. Fuesen ó no fingidas las provisiones relativas á la junta, la inhabilidad de doña Juana era una cosa indudable, como se mostró en los mismos acontecimientos, pues despues cuando los gobernadores tomaron por asalto á Tordesillas, la reina permaneció indiferente, y recibió á los caballeros que fueron á cumplimentarla con igual agrado que á Padilla y á los de la junta, y en ningun tiempo reclamó formalmente los derechos de reina, ni se quejó de que sus órdenes hubiesen sido despreciadas, y los que estaban autorizados con ellas perseguidos y decapitados. Estos hechos prueban claramente, que en los momentos en que la enfermedad daba un poco de descanso á su atormentada imaginacion, obraba con arreglo á la excelente educacion que habia recibido, y á las bellas cualidades que la adornaban; pero aquello pasaba como una sombra fugaz, y su estado habitual era el delirio por el amor de su esposo. Doña Juana habia perdido el juicio, y no habia de dar pruebas ciertas de haberlo recobrado sino al borde del sepulcro.

Todo lo restante de su vida, que á pesar de sus terribles y continuados padecimientos, fué larguísima, no ofreció ya novedad ninguna. Su morada constante fué el palacio de Tordesillas, donde estuvo cuarenta y seis años, luchando siempre con su amor y sus celos, que ya no existian sino en su imaginacion para atormentarla. A pesar de esto, á pesar de los muchos disparates que su locura la obligaba á hacer pasándose largo tiempo sin alimentos, sin dormir, sin limpieza ni

comodidad ninguna, jamás estuvo enferma de cuidado. Tanto disgusto, tanto tormento moral y material, no pudieron destruir aquella naturaleza de bronce, hasta que los años la minaron y rindieron.

Doña Juana habia cumplido ya los setenta y tres años, sin que su tenazlocura hubiese cedido nada, antes por el contrario, en los últimos meses se exasperó y aumentó extraordinariamente. A principios del año 1555 comenzó á enfermar de alguna gravedad, y cada vez que habia que darle alimento ó medicina, y tenian necesidad de mudarla ó componerla la cama, era tanto lo que se irritaba, tanto lo que padecía y hacia padecer á los demas, que ya todos los dependientes del palacio estaban fatigados y aburridos. Gritaba desaforadamente noche y dia sin descanso, y cuantos medios se empleaban para tranquilizarla, no solo eran enteramente inútiles, sino que escitaban mas su furia. El marqués de Denia y los demas que la asistian, no podian ya resistir esta continua fatiga, que los aquejaba hacia mas de tres meses, y así lo escribia al rey y demas personas reales.

Dios sin embargo la quiso conceder una pequeña tregua en esta vida, y algun tiempo antes de morir recobró su razon completamente. Entonces como si despertara de una horrible pesadilla, quedó abatida y débil, pero tranquila, y en estos dias dirigió toda su atencion á la disposicion de su alma, á lo cual le ayudó con su santo celo y fervor el insigne duque de Gandia San Francisco de Borja, que se halló presente á este trance. En 11 de abril se agravó notablemente su enfermedad, y aquella misma noche, que era la del Jueves Santo, terminó su larga y penosa peregrinacion siendo sus últimas palabras: *Jesucristo crucificado sea conmigo*. De este modo concluyó esta reina de España, víctima de una pasion justa pero exagerada, que la acarreó cincuenta años de horribles padecimientos. Si su esposo hubiera vivido, habria espiado terriblemente su falta solo con ver el daño gravísimo que habia causado á la muger que le amaba con tanto ardor. ¿Qué ejemplo tan poderoso para en su vista procurar contener las pasiones violentas!

JOSÉ QUEVEDO.



GLORIAS DE ESPAÑA.



VISTA DE TOLEDO.

LA CONQUISTA DE TOLEDO.

I.

Sentados bajo los frondosos arrayanes que sombreaban la Huerta del Rey, estramuros de Toledo, se hallaban conversando amistosamente varios moros, todos personajes muy principales de Toledo, á quienes presidia naturalmente Almenon, rey entonces de aquella opulenta ciudad. Su imponente aspecto que desde allí bien se disfrutaba, era el asunto de la conversacion general, vanagloriándose así el rey moro como sus leales súbditos, de poseer una ciudad tan importante, tan poblada y en tan buen estado de resistir los ataques de los cristianos.

No les faltaba, en verdad, motivo á los infieles para envanecerse con la posesion de la antigua corte de los godos. Fundada Toledo sobre siete montes, rodeada casi en toda su estension por las aguas del Tajo, tan profundas como recogidas en el foso natural que forman las rocas escarpadas sobre las que se levanta la poblacion, solo es accesible por una pequeña parte de tierra al Norte, y aun este istmo se hallaba entonces bien defendido por un doble circuito de murallas. Esta situacion casi inespugnable, la opulencia y grandeza de la

ciudad y la multitud de guerreros que en ella se albergaban hacian al rey Almenon esclamar muy confiado:

—En vano llegarían los cristianos hasta los muros de nuestra ciudad; aqui sería bien abatido su orgullo y vendrian á terminar sus decantadas conquistas.

Un experimentado alfaquí que hasta entonces habia guardado un profundo silencio, exclamó tristemente:

—¡Quiera el poderoso Alá alejar á los cristianos de estas murallas! Ojalá que entretenidos con esas sangrientas guerras civiles con que se despedazan mutuamente, no se acuerden de reunir sus esfuerzos contra nuestra confiada ciudad.

—¿Pues qué, le replicaron, los esfuerzos de nuestros enemigos y aun los de toda la España cristiana, serán suficientes á apoderarse de esta inespugnable posicion que defienden ademas nuestras cimitarras?

—Toledo, contestó el alfaquí, no ha de conquistarse á viva fuerza, ni cabe en el cristiano la audacia de poner su planta impura sobre nuestras murallas. Pero Toledo será herida en el corazon, y el desaliento cundirá entre sus defensores, cuando la muerte, la horrorosa muerte del hambre se les manifieste como único é inevitable término de una heroica defensa. ¿Creeis que los cristianos se presentarán delante de Toledo, sin haberla privado de cuantos medios la facilitan vida y energia? ¿Creeis que no tomarán la precaucion de talar y arrasar toda la campiña que nos prodiga los mantenimientos? ¿Creeis que esta operacion repetida por algunos años consecutivos antes de la conquista ...

—¡Silencio! exclamó de improviso uno de los circunstantes, que señalando hacia un punto del amenobosquete, como si en el hubiese descubierto algo de extraordinario, continuó:

—¿No veis allí?

Fijóse la atención de todos en aquel punto, donde blandamente reclinado entre las matas, se hallaba un mancebo cuyo rostro y cuyo trage no revelaban el origen africano de los que le estaban contemplando. A juzgar por su postura y su actitud inerte, estaba profundamente dormido, por lo que uno de los moros exclamó:

—¿Está dormido! ¿Qué hay que recelar?

—¿Y si no lo estuviese? ¿Y si hubiese oído toda la conversacion?

—Pronto lo sabremos, contestó el primer interlocutor; y levantándose prontamente se acercó al dormido, sacó con estrépito el puñal que llevaba en el cinto, é hizo ademán de traspasarle la mano que tenía estendida con abandono, de modo que la aguda punta del puñal llegó á florear con la mano del dormido.

Sostuvo éste valerosamente la prueba sin retirar la mano y sin que el mas ligero estremecimiento diese á entender que penetraba los intentos del moro, por lo que éste dijo muy satisfecho:

—¡Bien dormido está! y cuenta le tiene, porque sino, añadió mirándole con torvo ceño, dormiría para siempre.

II.

No eran completamente infundados los recelos que los moros abrigaban y la desconfianza que tenían de aquel mancebo al parecer dormido. A muy poco tiempo despues de este suceso, penetró hasta la habitacion que ocupaba en los régios alcázares, un moro que solicitaba hablarle en secreto, y así que se vió solo con el mancebo, echó á la espalda el alquicel con que venia cubierto é hincó la rodilla en su presencia.

Sorprendido con tan estraña accion, fijó en él los ojos el mancebo con la mayor curiosidad, y ¡cuál no fué su sorpresa y su alegría, al reconocer bajo aquel disfraz á uno de sus mas leales amigos!

—¿Gonzalo! exclamó echándole cariñosamente los brazos: levanta, no es así como debe estar mi amigo y el compañero de mi infancia.

—Esta postura, señor, contestó el fingido musulman, conviene al que saluda por la primera vez al rey don Alonso de Leon y de Castilla.

—¿Cómo? ¿Yo el rey!... ¿Pues y mi hermano Sancho?

—Señor ¡Bien triste es la noticia mia!

—¿Ha muerto?

—La traicion ha abreviado sus dias ante los muros de Zamora.

—¡Infeliz hermano mio!... Pero cuéntame de una vez lo que haya sucedido, Gonzalo. Solo el verte adoptar ese trage para llegar hasta aquí, haría indica la importancia de las noticias que me traes.

Entonces el mensajero refirió á don Alonso todas las circunstancias del cerco de Zamora y la trágica muerte de don Sancho de Castilla, á manos del traidor Vellido: infausto acontecimiento que atajando los proyectos de aquel ambicioso monarca, ponía inopinadamente la corona en las sienes de su hermano don Alonso, hasta entonces proscripto y refugiado en la corte del rey moro de Toledo, concluyendo por exhortar á don Alonso á que fuese inmediatamente á satisfacer los deseos de tantos pueblos que ya le aclamaban por su legitimo rey.

Desde que don Alonso, huyendo de las iras de don Sancho cuando éste hizo guerra á sus hermanos en los primeros años de su reinado, se escapó del monasterio de Sahagun para venir á refugiarse en Toledo, no se habia separado un momento del conde don Pedro Anzures,

que con otros leales caballeros habia querido compartir las penalidades del destierro de su jóven soberano. Iba éste á llamar á su leal consejero para saber su dictamen en un negocio de tanta importancia, cuando el mismo conde don Pedro entró alborozado á dar á don Alonso unas cartas en que se participaba la misma noticia. Saliendo don Pedro de caza, habia encontrado casualmente al mensajero que traía aquellas cartas al rey moro, y juzgando que antes que éste debia saber don Alonso el contenido de ellas, hubo de trabar pelea con el musulman hasta quitarle la vida y las cartas, con lo que juzgaba á su amo como único poseedor de aquel secreto. Pero don Alonso que se hallaba bajo la impresion de la muerte de su hermano, se manifestaba perplejo, diciendo á sus amigos:

—Ahora que no cabe duda acerca de este suceso ¿qué partido hemos de tomar?

—¿Qué, señor? contestó Anzures, escapar de esta tierra maldita. Todo lo tengo preparado y los caballos os esperan para que vayais á marchas forzadas á tomar posesion del reino. Si, si, cuanto antes: en la tardanza está el peligro.

—¿Y así habré de ausentarme, sin dar parte á este rey moro á quien tan generosa hospitalidad he merecido?

—Y habréis vos mismo de ir á participarle un suceso de que puede sacar tanto partido? ¿Queréis fiaros de estos moros tan acostumbrados á faltar á su palabra?

—Si, porque jamás me mostraré yo tan descortés y tan desleal con quien tan obligado me tiene. Voy ahora mismo á solicitar su permiso.

—Señor, ved que nos perdeis á todos y que perdeis para siempre vuestra libertad.

—Pedro Anzures, esto cumple á mi honor y esto debe hacerse. Todavía no sé si soy rey; pero ya sé que soy caballero.

Fué efectivamente don Alonso á noticiar al rey moro cuanto pasaba, y á pedirle el beneplácito para regresar á sus estados, todo lo que él escuchó con visibles señales de satisfaccion, contestándole en seguida:

—Todo eso y mas que tú me cuentas, ya me lo sabía yo antes que tú. Mis disposiciones están tomadas, y una muerte segura te esperaba por cualquier camino que hubieras querido escaparte sin mi licencia. Ahora, ¡bendito sea el poderoso Alá! tu noble franqueza y tu generosa conducta te libran de la muerte y á mi de una venganza inútil. Puedes marchar libremente cuando quieras: marcha, jóven, á donde te llaman tus altos destinos, y si para tomar posesion de lo que legítimamente te pertenece, necesitas el auxilio de mis tropas y los recursos de mi tesoro, ambas cosas están á tu disposicion. Solo te pido en cambio tu amistad y perpetua alianza para mi y para el hijo que ha de sucederme en el trono.

Prometióselo así bajo juramento el agradecido don Alonso, y el rey moro cada vez mas prendado de él, llevó la galanteria hasta el extremo de salir acompañándole largo trecho de Toledo el dia de su partida. Llegados al punto en que era preciso despedirse, el rey moro entre demostraciones afectuosas, recordó á don Alonso su promesa de amistad y perpetua alianza, á lo que el jóven monarca contestó:

—Perded cuidado, señor, que las palabras de vuestro prisionero de Toledo, no las olvidará el rey de Leon y de Castilla.

III.

Llegado que fué don Alonso á vista de Zamora, su hermana doña Urraca le recibió con los brazos abiertos: los pueblos del reino de Leon le aclamaron desde luego por su rey, los de Galicia, aunque anduvieron algo remisos, al fin consintieron en ello, y únicamente los pun-

donorosos caballeros castellanos se negaron á recibirle por rey, mientras no prestase solemne juramento de no haber tenido parte ni aun indirecta en la muerte de su hermano: juramento que se llevó á efecto en la ciudad de Burgos, siendo el Cid el que se presentó á recibirle, cuando todos recelaban que el nuevo monarca consideraría esta accion como un notable desacato.

Don Alfonso á quien la historia conserva el nombre de *Bravo*, era con efecto un príncipe de carácter intrépido y de belicosas inclinaciones, así es que apenas hubo tranquilizado las provincias, apenas dió unidad á la monarquía con la incorporacion á su corona de los estados de Leon, de Galicia y de Castilla, volvió sus armas contra el enemigo común del nombre cristiano, haciendo entradas en tierra de moros y conquistándoles algunas plazas; pero siempre fiel á la alianza que habia prometido al rey de Toledo, se guardó de molestarle, y antes al contrario; salió á campaña en favor suyo y contra los reyes de Córdoba y Sevilla que habian invadido los estados de Toledo.

Esta ciudad era sin embargo el objeto de la ambicion y de las lisongeras esperanzas del rey don Alonso. Toledo, la antigua corte de los reyes godos, la patria de los santos y de los héroes, aunque destrozada y profanada por los árabes, fieros conquistadores de la Península, conservaba todavia, despues de tantos siglos, bastantes restos de su antigua grandeza, bastantes recuerdos gloriosos, para justificar los deseos de los monarcas españoles que hacian de Toledo el objeto favorito de su ambicion. Mengua era por cierto que estuviese en poder de infieles aquella ciudad predilecta, centro de la iglesia española y en la que se habian celebrado las solemnes asambleas de los primeros concilios. Los mismos cristianos muzarabes, vivos restos del culto católico que aun se conservaba en Toledo, estimulaban mas y mas los deseos del rey don Alonso, invitándole á que viniese cuanto antes á fijar sus victoriosos pendones sobre aquellas vetustas murallas y soberbios torreones fundados sobre roca.

No habia llegado aun la ocasion oportuna: don Alonso, esclavo de su palabra, se limitaba á tomar sus disposiciones para el porvenir; pero anduvieron los tiempos y murió no solo Almenon, rey de Toledo, sino su hijo primogénito Hissem, que solo le sucedió en el trono durante un año. Libre entonces el rey don Alonso de su compromiso, y considerando indigno de su amistad al nuevo sucesor de Hissem, que era su hermano Hiaya, hombre cruel y voluptuoso, muy aborrecido de sus vasallos, anunció altamente su designio de conquistar á Toledo, invitando para tan noble empresa á todos los pueblos de España y de la cristiandad. Acordándose de la plática que habia oído á los moros en el jardín, taló por varios años consecutivos la campaña de las inmediaciones de Toledo, se apoderó de muchas plazas fronterizas, cortó toda comunicacion á la opulenta

ciudad, y seguro de que ya estaba reducida á sus propios recursos, seguro de que el hambre habia de producir en ella sus acostumbrados efectos, se presentó al fin con un numeroso ejército delante de sus murallas.

El afeminado Hiaya, movido por el instinto de la propia conservacion, se aprestó á una defensa desesperada, y de ello dió buenas muestras, no solo resistiendo los ataques y asaltos de los sitiadores, sino haciendo algunas salidas vigorosas. Los cristianos arrimaron sus torres de madera y sus máquinas de guerra á los muros, aportillando buena parte de ellos; pero las calles eran tan empinadas y tortuosas, los edificios tan altos y aproximados, que solo á fuerza de sangre se podia penetrar por tan tortuosas encrucijadas.

Resueltos los cristianos á apoderarse á toda costa de la ciudad, prepararon el último y formidable ataque para el día 25 de mayo de 1085. Ya estaban marcados los puntos por donde habia de practicarse el áspera subida, ya estaban repartidas las columnas de ataque, en las que para estímulo del pundonor, formaban con separacion asturianos, gallegos, leoneses, castellanos, vizcainos, navarros y aragoneses, ya en fin, esperaban todos impacientes la señal de la pelea, cuando un movimiento extraño y un lejano rumor empezaron á percibirse en la ciudad sitiada. Era que los habitantes reducidos á la última necesidad y apurados todos los recursos, sin intimidarse por las amenazas de Hiaya, pedian rendirse para obtener algunas condiciones favorables, antes de irritar á los cristianos con una desesperada resistencia. Por esto, viendo que el feroz Hiaya aspiraba á que todos quedasen sepultados en las ruinas de la ciudad, apenas advirtieron en el campo enemigo los preparativos del asalto, invadieron el palacio real en medio de un espantoso desorden, y entre gritos, amenazas y enérgicas demostraciones, obligaron al soberano á que accediese á la entrega de la ciudad. Los cristianos subieron entonces á tomar posesion de las murallas, del alcázar y de los puentes, en tanto que el rey moro ajustada una vergonzosa capitulacion, huía á refugiarse en Valencia, mas temeroso de sus mismos vasallos que del orgulloso vencedor.

Don Alonso el VI, acompañado del rey don Sancho de Aragon y de Navarra, de Raimundo, conde de Tolosa, del conde de Borgoña, de Enrique de Borgoña, de Rui Diaz de Vivar y de los demas nobles españoles y extranjeros que le habian auxiliado en la conquista, entró en triunfo en Toledo, en medio de los aplausos, de la satisfaccion y del entusiasmo que en todos escitaba la posesion de tan célebre ciudad. Aquel mismo día memorable, el 25 de mayo de 1085, era el aniversario de la pérdida de Toledo, pues día por día cumplian entonces justamente trescientos sesenta y nueve años desde que la ciudad estaba en poder de los infieles.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



ESPAÑA CABALLERESCA.

LA TORRE DE LUJAN, Ó PAVIA Y MADRID. (1)

1524.—1525.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

IV.

Francisco I iba á pasar á Italia, cuando la defección del duque Carlos de Borbon puso la Francia en el mayor peligro. El conde Burens habia logrado hacerle decidir en favor del emperador. Borbon prometió á Carlos V sublevar las provincias de su dominio; sus numerosos vasallos se armaron en su favor. El reino de Provenza debia de restablecerse y su corona ceñirla Borbon. La Francia debia dividirse entre la Inglaterra y

la España. Francisco I al saber el movimiento de Borbon, permaneció en Francia y evitó la sublevación de las provincias, empero no podia obrar en todas partes en persona. La mayor parte de sus fuerzas las dio á un favorito incapaz, á Bonivet á quien enviaba á Milan. Las fronteras de la Francia estaban desguarnecidas, y los enemigos penetraron en ellas. Los españoles llegaron hasta Bayona; pero fueron rechazados delante de sus murallas. El duque de Guisa arrojó á los alemanes de la Champaña. El duque de Vendome y la Tremouille con un puñado de soldados, arrojaron denodadamente un ejército de ingleses y flamencos que habian penetrado hasta las orillas del Oise á siete leguas de Paris. El condestable de Borbon y el marqués de Pescara que habian pasado los Alpes sin resistencia, pusieron sitio á Marsella; pero Francisco I reuniendo un poderoso ejército en Aviñon los hizo retirarse á Italia, y que levantasen el sitio que por cuarenta dias habian puesto á aquella importante plaza. Menos felices eran los franceses en Italia. La incapacidad del favorito Bonivet habia ocasionado su derrota en Rebec y Romagnano. Se hallaban á



punto de tener que volver á pasar los Alpes. Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, cubriendo la retirada del ejército, es herido mortalmente en la batalla de Biagrasa. El condestable de Borbon al verle sentado al

pie de un árbol, desangrado, con el rostro vuelto á enemigo, le dijo que le compadecia verle en aquel estado por haber sido tan virtuoso y cumplido caballero!—No me compadezcáis, señor, le respondió Bayardo pues muero como un hombre de bien; yo si que os compadezco viéndoos servir contra vuestro principe, vuestra patria

(1) Véase en el número anterior.

y vuestros juramentos. Francisco I tenía mas el valor de un soldado que el de un general, se hallaba á la cabeza del ejército mas hermoso que jamás había levantado la Francia, y no pudo resolverse a permanecer á la defensiva de su reino, y á pesar de los consejos de los hombres mas entendidos, sin considerar lo avanzado de la estación del invierno, resolvió invadir el Milanésado. Pasó los Alpes por las nevadas cimas del Montenis, y como de la presteza dependía el éxito de su empresa, marchó á jornadas dobles. El marqués de Pescara desplegó tambien gran celeridad en sus movimientos, y marchó sobre Milan antes que el ejército francés. Milan se hallaba en tal estado de consternacion, que renunció á defender la ciudad, y salió por una puerta mientras que por otra atropelladamente entraban los franceses.

Terrible era la posicion de las tropas de Carlos V. El emperador poseía mas estensos estados que jamás príncipe alguno reunió bajo su dominio; pero su autoridad se hallaba muy limitada, no pudiendo imponer contribuciones ni obtener subsidios sin el acuerdo de sus mismos súbditos representados en las cortes. Así en todas sus grandes empresas la falta de dinero y recursos estuvo á punto muchas veces de paralizarlas. Su ejército se halló á la vez sin pagas, sin municiones, sin viveres y sin vestuario. Launoy, virey de Nápoles, empeñó las rentas de este reino para proporcionar recursos. Pescara empleó toda la influencia que ejercía sobre los tercios españoles para que no reclamasen sus pagas. Borbon arastrado por el odio implacable que le animaba, empeñó sus alhajas tomando una considerable suma, y reclutó en Alemania una multitud de aventureros al servicio del emperador. Francisco I dió tiempo á los generales de Carlos V de tomar todas estas disposiciones, deteniéndose á poner sitio á Pavia que defendía con una fuerte guarnicion Antonio de Leyva. El rey dirigía en persona el sitio, con un vigor igual á la imprudencia con que lo había emprendido. Tres meses gastó en vano delante de la plaza, empleando cuanto la ciencia de aquella época y el valor de los soldados podía dar de sí para reducirla. Los sitiados desplegaron una vigilancia un valor admirable. Antonio Leyva construía detras de las brechas que abría la artillería francesa, nuevas obras, retardando los trabajos de los sitiadores. La guarnicion de Pavia se hallaba en el último extremo. Los alemanes, que componían la mayor parte, amenazaban entregar la ciudad á los franceses. Los imperiales conocieron la necesidad de socorrer á Pavia, y podían hacerlo ventajosamente, pues Borbon acababa de reunirse al marqués de Pescara, con doce mil alemanes que traía á su servicio. La situacion de los imperiales era muy critica, pues la falta de dinero iba á hacerles dentro de muy pocos dias licenciar el ejército que murmuraba ya, y amenazaba desbandarse. Las tropas imperiales se hallaban acampadas en la Cartuja de Pavia á muy corta distancia de la plaza.

En los anchos y magníficos claustros donde se ostentaban los suntuosos sepulcros de mármol de los antiguos duques de Milan, y donde el cincel de los mas hábiles escultores de la Italia había prodigado las mas preciosas creaciones del arte, se hallaban tendidos en el suelo, descansando los soldados del emperador y arriados á los muros los arcabuces, mosquetes, escudos y lanzas de aquella tropa, compuesta de tan variados y heterogéneos elementos.

La campana del reloj del convento acaba de dar las dos. Dos soldados españoles trabaron conversacion.

—Qué hora es, Pedro? preguntó uno de ellos.

—Las dos, sino miente la campana del convento, contestó el otro.

—Esta es la hora fatal de mostrarse la fantasma.

—La viste esta noche pasada?

—Chist! Pedro no divisas allá á lo lejos nada?

—Es un rayo de la luna que refleja en los pilares!

—Felices los luteranos que duermen á pierna suelta.

Si salimos con bien, al volver á España he de hacer penitencia por haber dormido tan cerca de ellos.

—Que no cargase Satanás con el duque de Borbon, que manda que los cristianos bivaquen en una iglesia, mezclando á los cristianos viejos con esos perros hereges!

—Ni en santos ni en iglesias repara el general.

—Y qué rostro tiene la fantasma?

—No lo sé, pues no la he visto la cara, sin duda es el alma de algun duque ó rey de esos que ves ahí de piedra sobre los sepulcros, que se escapad del purgatorio y viene á rondar la iglesia.

—Estoy seguro de que es una muger, y para mas calamidad anciana, y es viernes hoy!

—Es verdad! Viernes, día de San Matias, 21 de febrero del año de 1525. Cruda va á ser la jornada! El de Borbon frente á frente con su primo el rey de Francia. Vaya un trago á que salga victoriosa España.

Al mismo tiempo alargó á su compañero la calabaza en que tenía el vino, pero éste triste lo llegó apenas á sus labios, diciéndole:

—Prefiriera encontrarme en cien batallas á hallarme en este convento acampado con los luteranos. Temo que su aliento impuro contamine nuestras almas.

—Silencio Pedro, por Dios!

En aquel momento atravesó la galería alta del claustro una muger seguida de un hombre embozado en una capa. Detúvose la muger sobre la balaustrada de la galería estendiendo sus manos sobre los soldados dormidos. Los dos soldados españoles contemplan aquella muda escena con indecible terror. De repente oyese la detonacion de un arcabuz, y todos los soldados toman apresuradamente las armas con el mayor desorden y gritan de todas partes:

—A las armas! á las armas!

—Mueran los generales que no nos pagan, gritaban otros soldados.

La Cartuja presenta el terrible espectáculo de una sedicion militar. El marqués de Pescara, y el virey de Nápoles se presentan en medio de los sediciosos seguidos de los capitanes. Pescara cuya voz era respetada entre los soldados:

—Así se alzan rebeldes, les dijo, las tropas del emperador?

—Mejor es nuestro servicio, le replica un soldado, que corriente la paga. Hace seis meses que sin sueldo alguno estamos en campaña.

—Bien dicen los españoles, gritó un luterano, que les paguen sus soldadas.

—Las licencias ó el dinero!!! gritaron á la vez todos.

La sedicion había llegado á su mas último punto. Las tropas iban á desbandarse, y al despuntar la aurora debía darse la batalla que tenía que decidir la suerte de Pavia y tal vez de la España!!!

En el momento de mayor exaltacion de las tropas, cuando la voz del respetable Pescara era desoída, entró el duque de Borbon sin casco, sin espada, vestido con un solo jubon de cuero anteado. Precediale uno de sus escuderos con el estandarte de las armas que había adoptado al declararse enemigo de la Francia, estandarte de tafetan encarnado con una espada levantada entre llamas, y la palabra *venganza* bordada al rededor. Todos los amotinados abrieron sus filas para dejarle libre el paso. Colocóse en medio de ellos. Echó una mirada á uno y otro lado, y con voz altiva y severa dijo á uno de sus escuderos:

—Haced venir al preboste. Que nadie salga de aquí, que al punto queden cerradas las puertas del convento! Todos oyeron en silencio estas amenazadoras pala-

bras. Dirigiéndose despues á los grupos de los sediciosos con grande y reposada calma, les dijo:

—Amigos, ¿qué significan estas voces y algazara? Crei al escucharlos que atacaban la Cartuja, y que madrugando el francés nos habia sorprendido. Estoy satisfecho de que todo ha sido nada. Pescara, y vos Launoy miradlo ya todo en calma! Mis valientes camaradas, temprano os levantásteis hoy. El rey Francisco I os prepara el desayuno bajo los muros de Pavia, donde acampado está su ejército. Con vosotros es segura la jornada. Los nobles tercios de España, los lansquenes del Rhin, mis infantes de Alemania, y las tropas del virey de Nápoles valen mas que los suizos que sirven al rey de Francia, y las bandas de Suffolch con sus machetes y lanzas, que nunca se entran á la lid sino bien comidos, y con los bolsillos repletos de plata. Vive Dios! Si yo me equivoque, el que lo negare salga al frente!

El soldado español, Pedro, á quien ya conocemos por su conversacion en el bivac del claustro momentos antes de la sedicion, escitado por sus compañeros dió tres pasos al frente, saludó al duque, y arrollando en sus manos el sombrero blanco contestó:

—Las tropas de Carlos V, emperador, rey de España, no temen á los suizos, ni les imponen espanto las bandas de Suffolch. Mas es justo, señor, que les otorgueis su demanda. Pues sirven á Carlos V por que él no los viste y paga? Para guardarse del frio y del hambre hace seis meses que aguardan á que se les paguen sus soldadas!

Borbon sin manifestar enfado le contestó afable y cortés:

—Lo propio que á vosotros me pasa á mi, vuestro general. Mi fortuna está en mi espada, juntos haremos fortuna, mis valientes camaradas! En esta campaña mucho llevamos sufrido. De vuestros cuerpos se escapan destrozados los vestidos, las espadas están sucias y tomadas del orin y la lluvia, vuestros bolsillos en lo pobre con mi crédito se igualan! Apenas despunte el alba os entrego el ejército del rey Francisco I. Allí abunda la plata y el oro! Sus cortesanos ostentan en el campamento las mismas galas que en los salones del palacio de París. Sobre corceles hermosos con riquísimos arneses los soldados cortesanos altivamente cabalgan. Con capas de terciopelo recamadas de oro y plata llevan cubierta su espalda para ostentar su riqueza. Armaduras de Florencia fundidas en plata llevan en vez de corazas de acero, os asombran tantas riquezas, compañeros! Yo os las doy todas antes de tres horas. Os contentais?

—A las armas! á las armas! gritaron entusiasmados los soldados.

—Yo os prometo que este dia ganareis diez años de paga!

—Viva el duque de Borbon! á las armas! á las armas! gritaban con entusiasmo frenético los soldados.

—Vereis, continuó el duque, como Borbon sabe cumplir su palabra. Y pues ansiais ya la hora de la victoria, sufrireis el primer fuego, formareis en la vanguardia. Pronto á mi primer orden saldreis á las avanzadas.

Los soldados pocos momentos antes próximos á desbandarse se retiraron en orden á formar en el patio de la gran Cartuja, aclamando al duque de Borbon que tan rico botin les prometia. Asombrados el marqués de Pescara y el virey de Nápoles de la repentina mudanza de las tropas, felicitaron á Borbon por su fortuna.

—Ahora, les dijo éste, nos toca cumplir á las tropas mi palabra, vos, decidme Pescara, conoceis esa fantasma que apareciendo en los claustros aterra nuestros soldados?

—Sospecho que es una muger loca que aqui los cartujos guardan, y que burlando algunas veces su vigilancia vaga algunas noches errante por la iglesia.

—Y quién es esa muger?

—Entiendo, contestó el marqués de Pescara, que es una anciana viznieta de los Viscontis, que locamente reclama la corona de su abuelo, injustamente usurpada por Sforcia, y que los cartujos tal vez protejen...

—¡Habrá mas maldita raza! exclamó Borbon. La Europa está llena de Viscontis que reclaman sus estados.

—Arrojemos por el pronto á los franceses de Italia, contestó Pescara, que luego arreglaremos la raza de esos bastardos.

Borbon, dando una patada en el suelo, irritado dijo:

—Si los cartujos recelos me dieran con su fantasma, ya á estas horas hubiera quemado la Cartuja con sus monges, pero la Cartuja situada en el llano de Pavia, es una posicion ventajosa para socorrer la plaza. Entre Pavia y nosotros el rey Francisco I está acampado. Nosotros le hacemos frente, Pavia ataca su espalda. Es imposible que evite su derrota. En vano sus capitanes condenaron el que sitiase á Pavia, sus cortesanos le han hecho cometer tan grave falta. A ellos deberemos hoy nuestro triunfo. Vos, marqués de Pescara, dirigireis la vanguardia, vos Launoy la retaguardia, yo esperaré en el centro con mis lanzas donde sea mayor el riesgo, y mas cruda la batalla; atacaré con denuedo donde brille el oriflama que indicará la presencia del rey y la corte.

Retiráronse á dar sus disposiciones los dos generales, y el duque de Borbon quedó solo con sus escuderos: volviéndose á estos les dijo:

—Hoy tenemos que vengar la muerte que con infamia en la Bastilla á nuestros amigos hizo dar el rey de Francia, cuando supo que habia logrado fugarme de Moulins.

—San Roman solo nos abandonó, dijo un escudero, y traidor se halla al lado del rey.

Borbon lanzó un triste suspiro diciendo:

—Pluguiera al cielo que aun se hallase en nuestro campo. Habeis mandado, Pomperant, que mis gentes lleven una faja blanca para poder conocerlos en medio de la pelea; yo llevaré mi gaban negro y tela de plata, para que todos puedan conocerme á larga distancia.

Miró despues por una de las ojivales ventanas del monasterio al cielo que se hallaba oscuro y encapotado, pues aun no habia comenzado á amanecer, y fijando sus ojos en él exclamó:

—Ya está abierto el libro do escribí Dios con su dedo cual de los dos habia de desaparecer del mundo. La luna oculta su luz pálida y ensangrentada. Hoy de entrambos la fortuna está pendiente de las armas.

Llamó despues á Pomperant y comenzó á vestirse su armadura.

—Pomperant, mi jacerina, ponedme los acicates, que tengo tal ánsia por combatir que por presto que sea me parece tarde... El casco con plumas negras... Dadme la lanza de guerra, la de los dos hierros grandes, que con ella sino muero he de lavar hoy mi afrenta.

Comenzáronle los pages y escuderos á vestir las armas que iba pidiendo. Uno de ellos entró á decirle que una persona que iba á marchar á París deseaba hablarle, pero el duque fijando apenas su atencion contestó bruscamente:

—A menos que no se trate del interés de mis tropas imposible es me hable nadie... ¿dijo su nombre?

—Es una muger.... Susana.

—Tengo yo tiempo, replicó Borbon incomodado, de oír celosos afanes cuando vamos á dar una batalla?

—La diré, señor... añadió tímidamente el page aguardando una respuesta.

—Que no puedo... Que se marche.

Apenas acababa de pronunciar el duque estas pala-

bras entró una muger: aquella muger era Susana, que con una voz casi apagada por la emocion

—Oídme por compasion, le dijo, un minuto, un solo instante!

—Que quereis? dijo Borbon.

—Quién diria que así pagaseis tanto amor?...

—No se trata ahora de amores, replicó con tono brusco el duque, sino de muerte, de sangre, no está bien una muger donde vá á darse una batalla. Alejaos, señora de aquí, porque podeis correr grandes peligros.

—¿No los he arrostrado todos, contestó, para confiarme á tu amor? ¿Es este el justo pago de tanto cariño? Una funesta influencia, hace, que me arrastre á los pies del hombre que así me desprecia, que ha dejado se llevase el aire, promesas y juramentos que en otro tiempo me hizo....?

El duque sin escuchar las palabras de esta infeliz anegada en llanto, continuó hablando con sus pages.

—Me pondreis en el tahalí la espada de condestable, la que venció en Mariñan.

—Es tu desprecio ni aun te dignas escucharme, prosiguió Susana, el dolor y la agonía de esta amante abandonada qué valen á los ojos del que dentro de un momento vá á sembrar el luto y la desolacion, reduciendo á la viudez y á la horfandad tantas esposas y madres!!

Borbon dirigiéndose siempre á sus pages

—Haced ensillar el bridon que me regaló Carlos V.... Pomperant vengan mis guantes... y el gaban negro con plata que entre todos me señale....

Al ir á darle los pages el gaban, Susana se precipita delante de ellos para impedirlo y dá un papel al duque diciéndole:

—Cuando entraba á hablaros, un hombre cuyo rostro cubria la celada de su casco me arrojó para vos este papel, y se marchó precipitadamente.

Abrió bruscamente Borbon el billete para desembarazarse lo mas pronto posible de este retardo: leyóle para sí y despues dijo sonriéndose:

—Me anuncian que Bonivet quiere hacerme asesinar antes de la batalla, y para que me reconozcan previene como señales, mi sobretodo de plata, y las plumas negras de mi casco.

Apenas los pages oyeron esto, retiraron apresuradamente el gaban y arrancaron las plumas del bruñido casco del duque.

—Señalado servicio me hacen con este mensaje! Quién puede interesarse tanto por mi en el campo enemigo?

—No reconoceis, dijo Susana, á quien venga así su ultraje? Ah, vergüenza sobre mí! que no he sabido apreciar tan digno hombre.

—San Roman es, caballeros, dijo el duque despues de haber reconocido la letra, quien me hace este señalado servicio. Qué nobleza en su venganza!

El lejano ruido de los clarines y de los atambores indicaba la señal de guerra. Borbon ya vestido de todas armas, miró á Susana mas compasivo, y al salir seguido de sus gentes para montar á caballo y ponerse al frente de sus tropas la dijo:

—Señora, rogad al cielo por vos y por mí!!!!

Susana cae de rodillas abismada en su dolor, y permanece así en aquella vasta soledad á donde comenzaban á llegar confusos y lejanos los ecos de guerra.

Al mismo tiempo los cartujos saliendo del fondo de una espaciosa galería se dirigian con el mayor recogimiento á una capilla subterránea, silenciosos á aguardar el éxito de la terrible lid que iba á trabarse al rededor de su convento. El prior con voz patética les decia:

—La lid comenzó ya, hermanos! vamos á rezar al coro para que Dios nos mire con piedad! A los males que existen en la tierra desde el pecado de Adan contra

los hombres, con diabólico afan añaden ellos la guerra!! Los cartujos desaparecieron por una escalera subterránea.



El silencio mas pavoroso reinaba en los desiertos claustros de la gran Cartuja. Susana arrodillada inmóvil, parecia á los primeros rayos de la aurora, una inanimada estatua desprendida de uno de los magníficos sepulcros de los antiguos duques soberanos de Milan.

Aquella infeliz muger entre el recio estruendo de la batalla cuyo pavoroso eco llegaba hasta ella, y el acompasado, monótono y triste canto que se oía de los religiosos, pedia al cielo perdon tal vez de sus pasadas flaquezas, y al ir á implorar á Dios, su desgraciado labio proferia el nombre de su ingrato amante. Aquella muger amaba á Borbon con el primer amor, su vida era su vida, su muerte su muerte, Borbon estaba en peligro, Susana oraba por él!

Como una fantástica sombra, como una fatídica aparicion, á poco de bajar á la capilla subterránea los cartujos, un hombre embozado se presentó en el fondo del claustro. Llegó sin sentir hasta donde se hallaba Susana: paróse á contemplarla y esperó á que ésta saliese del arrobamiento en que se hallaba. Largo tiempo tuvo que esperar. Susana alzó los ojos y reparó con temor en aquel hombre embozado, de pie, inmóvil á su lado. Descubrióse éste. Susana dió un grito de terror al reconocer en él á San Roman, su ultrajado esposo; pálido, desencajado el rostro y vestido de luto; en vano intenta levantarse Susana, su terror la tenia arrodillada á los pies de su marido.

—¡Piedad! gritó, tened compasion de mí!

San Roman, poniéndole la mano sobre la cabeza, le dijo:

—Aun no hace un año, señora, que os vi así de rodillas en Moullins, pidiendo perdón lo mismo que aquí. Tuve compasión de vos; creía yo entonces, necio de mí, que emplearais la vida que os otorgué en pedir al cielo perdón de vuestro crimen. Qué hicisteis, señora, del tiempo que os di?

—Venís á matarme? exclamó aterrada Susana.

—Qué hicisteis, señora, del tiempo que os di? repuso airado San Roman. ¿Por qué esas mejillas colora el carmin? Debiérais tenerlas pálidas y hundidas de los ayunos. Esas ricas galas que vestís hermosa, la seda que ciñe vuestro gentil y esbelto talle, esos cabellos que exhalan suaves aromas flotando en ese cuello mas blanco que el marfil y que adornan las perlas y el oro, están revelándome que sois una vil cortesana cuya alma es incapaz de enmienda y arrepentimiento.

—Venís á matarme? repitió Susana extendiendo hacia él sus manos en ademán suplicante.

—¿Qué hicisteis, señora, del tiempo que os di? dijo con voz atronadora otra vez San Roman, y arrojando el sombrero y la capa, descubriéndose enteramente, continuó:

—Alzad los ojos, clavados en mí, reparad cuán joven he encanecido, la frente arrugada con tanto sufrir, y yo sin embargo no he sido culpable. ¿Qué hicisteis señora del tiempo que os di? ¿Estáis preparada para vuestro fin?

—Confieso que he sido indigna de vos, pero el cielo es testigo de cuanto he combatido antes de ser criminal; el llanto que he vertido sin cesar. No he podido apagar el fuego de la pasión que me devoraba. No me ha sido dado huir mi fatal destino, podeis matarme pero no extinguir mi eterna pasión. Venís á matarme? heridme!

Asombrado quedó San Roman con una declaración de amor, tan firme, tan decidida á presencia misma de la muerte. Alzóla violentamente del suelo diciéndola:

—Levantaos, que no os quiero dar la muerte que merece tanto vuestra adúltera pasión. Tranquilizaos, señora; he rogado mucho por vos, y aun os conceden otra vez por piedad la vida.

—Y quién sino vos tiene derecho á disponer de mi vida?

—Una muger implacable que os aborrece en extremo, y aun mas á vuestro padre.

—A mi padre, exclamó Susana, en que ha podido ofenderla el infeliz?

Apareció en aquel instante en la entrada de la escalera subterránea por donde habían bajado los cartujos, doña Cesara Visconti, la anciana que le habia acompañado á Moullins desde París, pero no en traje de miserable mendiga como entonces, sino ricamente vestida y ostentando en su frente la corona ducal, y seguida de cuatro hombres armados con espadas.

—Te lo diré cuando ahora lo veas morir á mis pies! exclamó, y al mismo tiempo dirigiéndose á dos de los servidores que la acompañaban, mandó que condujesen á su presencia al capitán Langefeld, que habían logrado sorprender y tenían preso en una de las ocultas estancias del convento, dando orden de que si se resistía lo matasen.

—Quieres ahora saber, dijo después á Susana, quien aborrece á tu padre, y quien ansia beber su sangre, y la tuya?... mirame bien, reconoce la muger que varias veces recurrió á tu compasión; yo te acompañé á Moullins, yo te proporcioné la entrevista con el duque de Borbon, yo hice que tu marido te sorprendiese en la cita. Hoy mira en la frente de la que creías una mendiga la corona ducal de Milan! Yo tambien fui un tiempo venturosa madre. Dos hijos tenia, eran mi gloria, mis delicias, yo los quería, cual sin duda tu padre te quiere á ti. El infame sin piedad hirió á entrambos, era enton-

ces capitán de las lanzas de Borbon, que ha llenado de luto para siempre estos contornos!

—Es imposible, señora, contestó con firmeza Susana.

—Tú que te hallabas presente, dijo doña Cesara dirigiéndose á uno de los que se habían quedado con ella, podrás decir si es verdad.

Hizo el servidor un respetuoso signo afirmativo.

—De mis hijos, el mayor murió traspasado el pecho, una lanzada hiere en el brazo á su triste hermana, á quien cogiéndola el capitán Langefeld corrió á precipitarla en la corriente de un arroyo.

—Verdad, dijisteis, señora, respondió el soldado.

—Por eso, continuó airada doña Cesara, morirá tu padre, y tú murieras con él si tu esposo no hubiera intercedido por tu vida, que ocultarás para siempre en el silencio de un claustro.

Susana llena de terror corre á abrazarse á los pies de la estatua de Mateo Visconti, junto á cuyo magnífico sepulcro pasaba esta triste escena. Allí llena de lágrimas el rostro, y angustiado su corazón

—Quiero morir con mi padre, gritaba, dadme sin piedad la muerte, no la temo, que el valor de Visconti se me comunica. En esta tumba de mármol donde se encierran los restos del gran héroe, hallé en mi infancia una misteriosa cuna. Que la piedad de los muertos me proteja aun otra vez, pues que los vivos cierran el oído á mis llantos!

Sublime era la actitud de Susana al pie de la estatua de Visconti, demandando á su implacable enemiga la vida de su padre. Doña Cesara con la mayor inquietud, mas aterrada aun que su victima al oír las últimas palabras, pasa sus manos sobre su frente para evocar sus recuerdos, y después cogiendo estremecida el brazo de Susana

—Conoces, le dijo, ese sepulcro? responde! qué te detiene? perdonaré á tu padre si me dices la verdad!

—Mi padre me refirió, contestó Susana entrecortando muchas veces con los sollozos sus palabras, siendo niña muchas veces, que debia la vida á haber hallado un asilo en la tumba de Visconti; que oculta allí me salvaron, mientras los franceses ocupaban estos contornos. ¡Ay! veinte años han pasado desde entonces.

—Veinte años!... y la Francia gobernaba Luis XII?... y tu padre, es decir el que por tal tienes, del duque Carlos Borbon mandaba cual hoy los ginetes?

—Señora qué os puede importar que los mandase entonces ó no?

—Mas de lo que puedes imaginarte, replicó con ansiedad doña Cesara. Timoteo, dijo después dirigiéndose á los que le acompañaban, Galeoto, corred, traed á Langefeld al momento, mas cuidado que venga vivo á pesar de la orden que antes di á vuestros compañeros: vivo, lo entendeis? mi vida ó mi muerte pendientes están ahora de sus labios.

Hubo un momento de silencio, doña Cesara recorria con la mayor agitacion á grandes pasos el claustro, dirigiéndose hacia el punto por donde debian traer á Langefeld. Suspira, mira unas veces con compasión á Susana, y siempre inquieta esperando á Langefeld. San Roman los ojos fijos en tierra aguarda tranquilo el desenlace. Susana de rodillas siempre abrazada á los pies de la estatua de Visconti, inmóvil y resignada. Doña Cesara que espera siempre la llegada del capitán, le vé y exclama:

—Ah! el capitán Langefeld viene allí con Alberto.... no los hallaron Timoteo y Galeoto... Hablan los dos.... se detienen... Se resiste el capitán... Alberto le acomete, éste levanta el puñal... herido aquel se defiende!... Oh desgracia, el capitán ha caído á tierra.... y tal vez ha muerto!

En efecto, en aquel instante oyóse un ronco gemido, y el ruido que produciria un cuerpo al caer al suelo. Levantóse Susana para salir al encuentro del desventu-

rado capitán. Los servidores de doña Cesara sacan casi en brazos a Langefeld moribundo. Susana se precipita sobre él y cubre de besos su mano. Doña Cesara en la mayor desesperación

—Nada puedo leer, exclamó, en las lividas facciones de este moribundo, que me revele mi destino! La muerte ha cerrado el libro que contenía mi secreto!

—Aun vive, señora, dijo Galeoto, poniendo la mano sobre el corazón del capitán.

El moribundo hizo esfuerzos para abrir sus labios cual si quisiese hacer una revelación, pero sus labios permanecieron cerrados. Doña Cesara le preguntó:

—Es hija vuestra esta joven?

El capitán hizo una señal negativa.

—Por qué os tiene por su padre? continuó doña Cesara, la robasteis?

El capitán por señas dice que sí.

—Mas á dónde? preguntó doña Cesara.

El capitán abre los ojos, vacila un momento, aprieta la mano de Susana, y señala con el dedo la tumba de Marco Visconti. Doña Cesara abraza á Susana exclamando:

—Ha señalado el sepulcro! Susana, tú eres mi hija y yo he podido aborrecerte! Yo te oculté con tu hermano en esa tumba para proteger tu vida. Gracias, Diosmío, por que me has devuelto á mi hija!... pero una prueba, una prueba que disipe aun todas mis dudas.

El capitán coge el brazo de Susana, y hace ver una herida en el brazo.

—Es la cicatriz de una lanzada! El capitán la robó, no la arrojó en la corriente, dijo Galeoto.

El capitán arroja un profundo suspiro, y espira.

La madre y la hija abrazadas dudan aun de su felicidad, de su ventura. Doña Cesara que contaba en el convento con la protección de los cartujos y algunos partidarios, se llevó consigo al sitio donde permanecía oculta á la hija que el cielo tan inesperadamente la devolvía, resuelta á amarla tanto cuanto antes la había aborrecido.

San Roman no hizo esfuerzo alguno para detener á doña Cesara y á Susana, permaneció impassible, frío espectador, hasta que viendo que los cuatro aventureros que habían muerto á Langefeld se disponían á partir, los llamó diciéndolos:

—Tendréis miedo de batiros en una batalla campal?

Galeoto contestó por sus compañeros.

—Hemos crecido manejando la espada y el puñal. Simples aventureros tenemos por oficio el combatir por el que nos paga, al emperador, al rey, al papa.

—Os daré veinte ducados á cada uno si me seguís al medio de la batalla que se está dando en este momento.

Galeoto toma la bolsa que le dá San Roman, tantea con la mano su peso y contesta:

—Corriente! Aunque á nosotros nos importa poco, por cual vamos de los dos? O por Francia ó por España?

—Yo os mostraré ¡vive Dios! contestó San Roman, cuando estemos en el campo á quien han de herir vuestras espadas!

Y salieron á mezclarse en lo recio de la batalla de Pavia.



V.

Los generales españoles no quisieron dejar resfriar el entusiasmo que el duque de Borbon había escitado en los soldados al aplacar su sedición. Condujéronlos á la batalla. Al aproximarse al campo francés, Francisco I convoca un consejo de guerra: sus mas experimentados capitanes opinan por rehusar la batalla contra un ene-

migo desesperado, que dentro de algunas semanas tendria que licenciar sus tropas falto de dinero y de recursos. Bonivet fué de contraria opinion, y decidió al rey á aguardar al enemigo y arriesgar el combate. Los generales españoles encontraron tan bien fortificados á los franceses en su campamento, que titubearon algun tiempo en atacarlos. La estrema situacion en que se hallaba la plaza de Pavia, el ardor de los soldados ávidos de botin les obligaron á lanzarse en la pelea. Jamás han

combatido dos ejércitos con mas encarnizamiento; jamás se conoció por ambas partes la necesidad de vencer, y las consecuencias de una derrota, jamás los combatientes se mostraron mas animados por la emulación, por la antipatía nacional, por el resentimiento y por cuantas pasiones puedan exaltar el valor hasta su último punto. Antonio Leyva hizo una salida con la guarnición de Pavia, y en lo mas recio del combate atacó la retaguardia francesa con tanto ímpetu que la desordenó completamente. El marqués de Pescara cayó al mismo tiempo sobre la caballería francesa, con sus ginetes alemanes, que hábilmente habia mezclado con los infantes españoles armados de sus pesados mosquetes, rompiendo sus formidables filas por un nuevo método de ataque que no aguardaban los franceses. La derrota fué general. No habia resistencia ya mas que en el sitio donde se hallaba el rey, que ya no combatía, ni por su honor ni por la victoria, sino por su propia seguridad. Debilitado con las muchas heridas que habia recibido, muerto su caballo, se defendió aun á pie con heróico y desesperado valor. Muchos de sus mas valientes oficiales se le habian reunido haciendo increíbles esfuerzos para salvar á expensas de su vida la vida de su rey, pero caían sucesivamente á sus pies. El rey agobiado de fatiga, no pudiendo defenderse ya, se encontró casi solo, espuesto al furor de algunos soldados españoles que irritaba la obstinada resistencia de aquel guerrero, cuya clase y alta condicion les era desconocida. En aquel momento llegó Pomperant, escudero del duque de Borbon, y colocándose al lado del monarca contra quien se habia rebelado, le protegió contra los soldados españoles intimándole se rindiese al duque de Borbon, que llegaba al mismo tiempo con Launoy, el virey de Nápoles.

Llamó el rey á Launoy y le entregó su espada diciéndole:

—Mi honor, puro como el sol, se refleja en este acero, no quiero rendirlo á un traidor, lo entregaré á un español. Llegad, Launoy, recibid mi espada, esa sangre de que la veis teñida es sangre de españoles!

El virey Launoy se arrojó á los pies del rey, besó su mano, recibió su espada con profundo respeto, y sacando la suya le dijo:

—En cambio os entrego yo esta espada de Toledo que ha perdonado á muchos de los vuestros. Tomadla, que no conviene, señor, á un rey tan grande, quedar desarmado en presencia de uno de los mas humildes vasallos del emperador Carlos V!

Diez mil hombres perdieron la vida en esta batalla, una de las mas fatales para la Francia. Pereció en ella la flor de su nobleza, quedando prisioneros muchos ilustres capitanes, entre ellos Enrique de Albret, rey de Navarra. Un pequeño cuerpo de la retaguardia logró escapar solo del desastre á las órdenes del duque de Alençon. La guarnición de Milan se retiró antes de ser perseguida, y quince dias despues de la batalla no quedaba un solo francés en Italia. Francisco I, tratado con todas las consideraciones debidas á la magestad, fué al dia siguiente de la batalla conducido al castillo de Pizzighitone, cerca de Cremona, bajo la vigilante custodia del capitán don Fernando de Alarcon. Los generales españoles para informar al emperador de tan señalada victoria, adoptaron el camino mas corto y mas seguro en aquella estación, el de tierra, y Francisco I dió al comendador Peñalosa un salvo conducto para atravesar la Francia. El rey mismo envió la noticia de su derrota en una carta que Peñalosa entregó á su madre la regenta del reino, y que no contenia mas que estas palabras que la historia ha hecho tan célebres.

Señora, todo se ha perdido menos el honor.

El botín que recogieron las tropas fué inmenso, pues inmenso era el lujo que reinaba en el campo francés.

La armadura de Francisco I y de su caballo, obra riquísima y de esquisito trabajo, fué llevada á Milan, y conducida despues á Viena donde se hallaba en 1809; pero Napoleon Bonaparte al ocupar aquella capital, la hizo trasladar á Paris, y depositada existe hoy en el museo de artillería. La espada de Francisco I fué enviada á Madrid, y tres siglos permaneció como monumento de nuestras glorias en la Armería real de Madrid, hasta que en 1808, pocos dias despues de los horrendos asesinatos del 2 de Mayo, el general Murat exigió su entrega y fué trasladada á Francia. La espada vencedora en Rosbac, entregada noblemente en Pavia por las manos de un rey caballero, no pudo en tres siglos ser reconquistada por los franceses, pero fué arrancada, si, pérfidamente, como si con ella hubiesen podido arrancar esta gloriosa página de nuestra historia, cuya memoria durará tanto como el mundo!!!

VI.

La Francia, privada de su rey, destrozados sus ejércitos, sin recursos, sin generales que la defendieran, iba á sucumbir, cuando la Inglaterra se separó de la alianza de Carlos V. Francisco I resistía firmar por precio de su libertad un tratado reconstruyendo en reino los estados de Borgoña y cediendo la Guyena. Francisco I fué trasladado á la torre de los Lujanes, en la plaza de la villa de Madrid, monumento que se conserva aun hoy testigo de nuestras antiguas glorias. La Inglaterra habia concluido un tratado con la regente de Francia, para procurar la libertad del rey. Sforzia, duque de Milan, nombrado por el emperador, habia intentado hacerse independiente, y Carlos V le habia depuesto de su soberanía mandando ocupar al marqués de Pescara el Milanesado. Diez meses habia que Francisco I se hallaba en la torre de Lujan. Los pesares iban minando su existencia. La promesa de que Carlos iría á visitarle reanimó sus fuerzas. La visita fué corta, Francisco estaba sumamente débil, pero las palabras del emperador, la esperanza de su próxima libertad, le hicieron recobrar en poco tiempo sus fuerzas y la salud. El condestable Borbon vino á España, y se le prodigaron los mayores honores, que eran otros tantos ultrajes al prisionero de Lujan. El emperador mismo salió á recibirlo fuera de la puerta de Toledo, lo abrazó, lo condujo á palacio llevándolo á su izquierda; pero la nobleza castellana no sufría con paciencia tantas mercedes otorgadas á un traidor. El marqués de Villena á quien el emperador pidió su casa para alojar al duque de Borbon, no pudiendo negar nada á su soberano, le suplicó le permitiese despues pegarla fuego, porque una casa manchada con la presencia de un traidor, no era digna de que la habitase un grande de España, un hombre de honor.

Embarazado se hallaba el emperador sobre la recompensa que otorgaría al condestable, pues su hermana Leonor, la reina viuda de Portugal, llena de iguales sentimientos que la grandeza de España, habia declarado que jamás daría la mano al duque, y el rey de Francia prefería primero morir en la torre de Lujan, que acceder á las condiciones que se le proponían en favor de Borbon. La muerte prematura del marqués de Pescara que obtenía el mando de Milan, y que á los treinta y cinco años dejaba tan alta reputación, le proporeionó el único medio. El rey de Navarra, prisionero tambien despues de la batalla de Pavia, logró escaparse por la fidelidad de sus criados. Esta evasión convenció al emperador de que el valor y la astucia de Francisco I podría burlar algun dia la vigilancia de sus guardadores, y resolvió aprovechar en lo posible la ocasión de darle libertad. Combinó sagazmente con su política todos los

elementos y resolvió visitar por segunda vez á su prisionero.

Hizo anunciarlo así al rey Francisco I, aquel rey que el día de su prision escribía que todo lo había perdido menos el honor, le perdió en Madrid, pues para eludir el cumplimiento de lo que iba á pactar solemnemente, reunió la vispera del día en que el emperador iba á visitarle, á cuantos franceses de importancia había en Madrid, y despues de haberles exigido con juramento el secreto, protestó en forma contra el consentimiento que iba á dar al tratado como un acto forzado é involun-

tario, considerándolo como nulo y de ningun valor y efecto. Así creía Francisco I cumplir á la vez con su honor y con su conciencia, firmando por un lado el pacto y procurándose por otro pretextos para violarlo.

El emperador Carlos V se hallaba en su despacho disponiéndolo todo para el día siguiente con el conde Burens, y el obispo de Osma su confesor.

—Firmad, señor, dijo Burens, esta orden en que mando arrestar á la duquesa de Alenzon, hermana del rey. Firmó el emperador.

—Esta noche, continuó Burens, cumple el plazo que le



ARMADURA DE FRANCISCO I Y SU CABALLO.

concedió V. M. para que viniese á Madrid á consolar á su hermano, y hay motivos para sospechar que trata de favorecer la fuga del rey.

—Haremos, contestó Carlos, que permanezca aun algun tiempo en Madrid y procuraremos hacerla agradable su estancia aqui.

El conde Burens se retiró á ejecutar la orden del emperador. Quedó este solo con el obispo á quien dijo:

—Necesito que me busqueis un caballero de noble casa y piedad, que consienta en ir en peregrinacion á Roma á implorar con el bordon en la mano vistiendo un tosco sayal, el perdon de una persona á quien urgente necesidad hace faltar á una promesa hecha con juramento.

—¿La promesa que V. M. hizo al duque de Borbon? dijo el obispo.

—Eso es mucho preguntar, señor obispo de Osmá, contestó casi enfadado el emperador.

—¿No soy vuestro confesor?

—Mas debierais reparar que ahora no estoy en el tribunal de la penitencia.

—Conozco, dijo el obispo procurando tomar un tono mas grave, á un caballero francés, que próximo á espirar en Pavia, hizo prisionero un capitán español esperando un buen rescate por su libertad: pudiera encargarle esta misión.

—Y ese caballero francés....

—Es un modelo de virtud y de piedad.

—¿Creeis que cumplirá exactamente vuestro encargo?

—Puede fiarse de él V. M. como de mi mismo.

—Yo pago desde ahora su rescate. Me lo presentareis mañana en la torre de Lujan cuando vayamos á visitar á Francisco I.

Entró un page anunciando la llegada de doña Cesara Visconti y su hija. El emperador declaró que no podía recibir aquel día á nadie. El obispo preguntó con cierto recelo:

—Prestará acaso oídos V. M. á esas mugeres que vienen á reclamar sus derechos al ducado de Milan?

—No está en mis manos hacerlo, pues al duque Sforzia, hoy rebelde, he privado de ellos.

—Sin duda, replicó el obispo, y la investidura de Milan, uniéndolo á Borbon con la descendiente de los Visconti, podría desempeñar á V. M. de las promesas hechas al duque Borbon, y que con tanta instancia reclama.

Lanzóle el emperador una mirada de cólera, mas reprimiéndose en seguida dijo:

—¡Vive Dios! no es mal consejo: mas procurad no olvidar que aunque seais mi confesor me sé yo bien gobernar. Ocupaos en buscarme el hombre que necesito.

Desconcertado el obispo y turbado, despidióse del emperador ofreciendo presentarle en la torre de Lujan al caballero francés.

VII.

En una de las estancias de la torre de Lujan, donde se hallaba prisionero Francisco I bajo la vigilancia del capitán don Fernando de Alarcon, se hallaban dos damas rica y elegantemente ataviadas. Anciana una, jóven y hermosa la otra. Eran doña Cesara Visconti y su hija la bella Susana.

—Recuerda, hija mia, le decía su madre, que el duque de Borbon va á venir aquí y que llevas un nombre nuevo, ilustre, Catalina de Visconti, y que el emperador Carlos V justiciero, quiere devolverte la corona ducal de tu inclito abuelo. Al devolverte tu herencia ha impuesto una condicion. Eres dueña de ti misma por la muerte de Ponthus de San Roman. Quiere dar el ducado de Milan al duque de Borbon en premio de sus servicios, mas con tu mano.

—Consentirá, madre mia, el duque? preguntó con amoroso afán Susana.

—Por ventura despreciaría soberbio mi alianza, él, de quien único asilo es la tienda de un campamento, que cuenta por familia suya hoy las bandas de aventureros que sin patria como él devastan el mundo.

—No le odiais mas, madre mia, que harto os escuchó ya el cielo!

—Le amas aun? olvidas que es el autor de tus penas y tormentos?

—Por él aunque me desprecia ardo en amoroso fuego. Aunque con su propia mano cruel rompiera mi corazón, su imagen siempre adorada el ingrato hallaría

dentro! Si en el día del combate su corazón todo lleno del porvenir de la gloria, no dió oídos á los acentos de una muger alarmada con tantos peligros, tal vez. ¡Ay de mí! le culpé injustamente de que me olvidase. Mas hoy vereis como vuelve amante, hoy que el emperador recompensa sus merecimientos con mi mano, que al par de mi corazón, de Milan le ha de hacer dueño.

—Temo que tu pasión te engañe, hija mia. El alma del ambicioso es un desierto arenal que no fecundan las lluvias ni el sol con todo su fuego! El duque ignora que va á encontrarnos aquí. Se cree muy lejos de nosotras; recuerda las promesas que has hecho al emperador, que no venzan tu firmeza ni ruegos ni amenazas. Gente viene hacia aquí. Retirémonos á otro aposento.

—El es, madre mia! exclamó Susana.

—Silencio!

—Al verle cerca de mí, tiemblo de esperanza y de amor!

Apenas se habian retirado las dos damas, entró el duque de Borbon leyendo con la mayor atencion un papel que dobló despues y guardó cuidadosamente. Señaló Pedro, aquel soldado de los tercios españoles cuya conversacion hemos referido en la noche que bivaqueaba el ejército en los claustros de la gran Cartuja de Pavia.

—Vió alguien mas que tú, este papel? dijo el duque.

—Un francés de los que sirven al rey, lo dejó caer cuando venia á la torre. Diego, que es mi compañero, lo recogió con gran priesa creyendo que había algo en él, pero como vimos que solo tenia letras y no sabemos leer, lo arrojé cuando sin duda V. A. venia detrás.

—No lo ha visto nadie mas? preguntó de nuevo el duque.

—Nadie mas que yo y Diego que estaba de centinela.

El duque de Borbon pasó á la estancia del rey Francisco I. Llegóse á él respetuosamente besando su mano.

—Bien venido seais, primo duque Carlos de Borbon, le dijo el rey con afabilidad.

—Siento que en vez de un palacio habiteis esta prision.

—Diez meses hace que esta torre es la mansion del rey de Francia.

—No anduvo muy generoso con V. M. el emperador.

—Mejor hubiera hospedado yo al rey de Castilla y de Leon, mas no me quejo, que así Dios lo dispone y si en mi fortuna estoy mudado, en mi honor soy inmutable.

—Espero que presto os vereis en libertad, yo me interesaré por V. M.

—Os lo agradezco, Borbon.

—El emperador busca pretextos para prolongar vuestro cautiverio.

—Lo sé.

—Debeis de cuidar de no proporcionar vos mismo el pretesto, revelando un secreto que tengo en mis manos, y que nadie saber debiera.

—Ignoro....

—Si este papel que en este momento os doy, fuese á parar á otras manos que las mías, en vez de marchar segura y tranquila á Francia la duquesa de Alençon á cumplir la alta misión que la habeis confiado, vendría á gemir con vos en esta torre.

El rey apretando afectuosamente la mano de Borbon le dijo:

—La libertad de mi hermana salvais con la mia, probándome al mismo tiempo sois francés de corazón. Se me parte el alma de dolor al pensar que los dos hemos reñido para siempre....

—No hablemos de eso, señor. No es dado al hombre evitar lo sucedido, y si en el infierno mismo hubiera el pie puesto yo, aun para subir al cielo no lo retiraría, no.

—Mucho agradezco el servicio que me habeis hecho, pero idólatra de mi honor, debo preveniros que no fir-

maré en el tratado que me propone el emperador, lo que haya en vuestro favor.

—Yo, sin embargo no estoy dispuesto á ceder, tengo su mas solemne promesa.

—Gran cosa alegais por cierto! Ignorais que quiere hoy firmar el tratado de mi libertad, que me otorga por esposa á su hermana doña Leonor, cuya mano segun creo os ofreció en Moulins?

—Luego no me han engañado?

—No.

—Para anunciar su falsia sin duda me citó aqui. Dispone de mí á su arbitrio preparandome otra union conveniente á su política. No me reputa aliado, solo su vasallo soy, empero no crea que docil ceda á sus caprichos Carlos Borbon.

—Primo, siempre sois el mismo, escelente corazon pero con una cabeza que os ha de perder, vive Dios! Mirad, primo, lo que haceis, porque vuestra suerte está pendiente del emperador y siempre habreis de perder.

Algunos momentos mas prolongó su conversacion con el rey, de quien se despidió alarmado viendo que se desvanecian las lisonjeras promesas que el emperador le habia hecho. Al salir de la estancia del rey, hallóse con las dos damas milanesas. Conoció desde luego á Susana, y preguntándola sorprendido como se hallaba en la torre, doña Cesara le contestó:

—Carlos V nos ha dado cita aqui esta mañana. La que vuestros ojos miran no se llama ya Susana, sino Catalina Visconti, en cuyas sienes descansa la corona de Milan, que ha heredado de su abuelo. El emperador ha declarado hoy válidos sus derechos.

—Ahora comprendo, dijo el duque de Borbon, la trama urdida contra mí! Tambien vos, Susana, ó Catalina Visconti, si este nombre os agrada mas, os habeis conjurado contra mí?

—Conjurada yo contra él! exclamó próxima á desfallecer Susana.

—Sé que el emperador faltando á sus promesas hoy, me niega la mano de su hermana.

—La mano de doña Leonor! lo ignoraba, dijo con el acento del mas amargo dolor la desconsolada amante, y el amor que me habeis jurado?

—Querrá darme el emperador la investidura de Milan uniéndola á vuestra mano porque valga mas su don. Mas la corona que hoy dá, me la arrancará mañana si conviene á su política. Sforzia, á quien hoy la quita, no la recibió de él?

—Bien deciais, madre mia, que mi pasion me engañaba! exclamó Susana.

—El emperador no ruega á sus vasallos, los manda, le dijo con altivez doña Cesara.

Borbon haciendo un movimiento de impaciencia, replicó con orgullo.

—Sabed que yo no soy vasallo del monarca de España!

—La Francia, contestó doña Cesara, no os reconoce por hijo, pues la habeis vendido. Aun resuenan en estas altas bóvedas los suspiros de su rey prisionero por vos. Las paredes de esta torre, escuchad, ellas os hablan y os dicen que los traidores no hallan en el mundo patria, que el cielo dispensa á todos de cumplir lo que se pacta con el que quebranta una vez la fé que juró á su rey y á su pais!

Borbon sin hacer caso de las imprecaciones de doña Cesara, se dirige á Susana y con ademan suplicante

—Es necesario, la dice, que vos misma rompáis esta proyectada union, que habeis al emperador...

—Jamás, jamás, si me costara la vida, no podria yo negar el amor que abraza mi alma.

—Decidios pronto! dijo en tono amenazador Borbon.

—Nunca!

—Pues no logran por bien persuadiros mis palabras,

os robaré de esta torre, y me valdré de la fuerza.... Pedro! Diego! hola, escuderos!

Al tiempo de ir el duque á apoderarse de Susana, abrióse la puerta del fondo de la estancia en que se hallaban y apareció el emperador, que viendo agarrado de la mano al de Borbon y Susana, dice:

—Me agrada el veros así! Os habeis anticipado, Borbon á visitar estas damas. Os preparaba con ellas una agradable sorpresa!

—Yo, señor... tartamudeó sorprendido el duque.

—Huélgome mucho, continuó el emperador, en ver cuan acordes andan vuestros propios sentimientos con mis planes. En esta torre ha de quedar firmado hoy el tratado de Madrid, y la paz perpetua con Francia. Doy por esposa al rey, á mi hermana doña Leonor. Os doy la mano de Catalina Visconti, soberana de Milan. Escusado es me deis las gracias, que es debida recompensa á vuestros servicios. Altas razones de estado se oponen á la alianza que entre vos y Leonor meditaba un dia; pero ya veis que del modo mas digno he cumplido mi palabra.

Esforzóse Borbon en contener su indignacion; pero dejáronla traslucir sus palabras diciendo:

—Señor, cuando yo por V. M. he abandonado mi patria, mis estados de Borgoña, mis afecciones todas: por medio del conde de Burens recibí vuestra palabra. Os consagré mi existencia, mi valor, mi espada. Si cumplí ó no mis promesas, preguntelo V. M. á esta torre que guarda hace diez meses prisionero al rey de Francia. Por qué retarda V. M. el cumplimiento de sus ofertas? No digo mas porque el respeto impone silencio á mi lengua!

—Muy altivo habla vuestro silencio, Borbon! dijo Carlos V mirándole con severidad.

—Porque he incurrido en la desgracia de V. M?

—Merced muy alta, dijo el emperador, dándoos por recompensa á Milan os hago. Dos siglos por el batallan los estados de Castilla y Francia. Si creéis que eso os doy estando en desgracia, si os creyéis con favor, apenas os bastaria todo mi imperio.

—Decidme al menos, señor, por qué me rehusais la mano de vuestra hermana doña Leonor?

Carlos V dió una patada en el suelo y contestó con notable enfado:

—Duque Carlos de Borbon, ya tanto insistir me cansa!

—Me perdonareis, señor, la mano de vuestra hermana....

—El bien de mis estados pide y exige otro enlace.

—El de Francisco I!...

—Tan buena y noble es su casa como la vuestra y la mia! contestó el emperador.

—Yo obtuve vuestra palabra, á que añadí mis servicios.

El emperador daba señales evidentes de incomodidad, Borbon lo notó, y continuó sin embargo:

—Perdonad... pero los hombres de mi sangre y de mi fama no son tratados por los reyes con desden como vasallos humildes. Tal vez ha creído V. M. comprar la espada de un aventurero.

—No acostumbro á mirar menospreciadas mis mercedes. Os desposareis mañana con Catalina Visconti, sereis duque de Milan, ó vive Dios!...

Susana arrojándose á sus pies, exclamó:

—Señor, nada, nada pretendo exigir.

—Yo lo quiero y basta, repuso severamente el emperador.

Mal giro iba tomando ya la cuestion, cuando entró el conde de Burens anunciando al rey de Francia; pero llegándose disimuladamente al oido del emperador pronunció estas palabras:

—En vano se ha buscado por todo Madrid á la duque-

sa de Alençon; pero no debemos perder la esperanza, están guardadas todas las puertas.

—Está bien, replicó Carlos, no descanséis hasta encontrarla, que será un gran mal que pueda escapar a Francia.

El rey de Francia Francisco I salió a la estancia en que se hallaba el emperador, adelantóse éste a su encuentro, abrazáronse al parecer cordialmente ambos soberanos, y retiráronse todos respetuosamente fuera, dejando solos a aquellos dos poderosos monarcas rivales, que iban a decidir en aquel momento la suerte de dos grandes naciones.

—Vuestra magestad se ha dignado visitar otra vez su prisionero? dijo el rey.

—Decid mi hermano, mi amigo! Vengo a daros libertad, y a que estrechemos los lazos de amistad entre nuestros pueblos. Pudisteis pensar nunca que os dejaría morir en la prision?

—Pienso que me queréis hacer pagar muy cara mi libertad.

—Habeis olvidado tan pronto que prohibí celebrar la gran victoria de Pavia? Que las campanas de mis reinos han permanecido mudas en tan grande acontecimiento? Que no se han puesto luminarias en los balcones y ventanas de mis ciudades? No somos primos hermanos?

—Por qué no me habeis visitado alguna vez, contestó con tono de reconvencion el rey, hubiérais podido ver perecer lentamente minado por el dolor y la fiebre a vuestro primo y hermano? Hubiérais visto pálido y en la agonía al que os disputaba otro tiempo el mando del mundo. Viérais con estremecimiento en esta torre al rey de Francia a los pies del ministro del altar, recibir humilde una hostia que en dos rompe, y divide con su hermana que vino desde Paris a aliviarle y consolarle en su cautiverio! Corresponde esta mansion a lo grande de Carlos V! El rey de España y de Indias, dispone se trate así al rey cristianísimo de Francia preso en su corte?

—Hablemos del porvenir, que aun es nuestro, contestó el emperador, pues no está en manos del hombre borrar lo pasado. Desde hoy permaneceremos constantemente unidos, y tambien nuestras naciones. Voy a probaroslo ahora mismo. Os abandonaré la linea de Italia, Florencia, Luca, Venecia, Roma con sus legaciones!

—Cuán generoso sois, respondió sonriéndose el rey, Carlos, en vuestros favores! Florencia Luca y el pap están dispuestos contra V. M., no pagan ya los subsidios y están tratando con la regente de Francia mi madre!

—Por estrechar vuestra alianza romperá España su amistad con los ingleses.

—Enrique VIII, contestó el rey, dispone en secreto sus escuadras, y en breve las vereis surcar los mares contra vos al lado de las francesas.

—Debeis no creer en palabras sino ateneros a los hechos, y con hechos voy a demostraros mi sinceridad, deseo podais pronto tornar libre a vuestra corte. Con cuánto júbilo os recibirá vuestro pueblo!

—Cuándo me concederá el cielo ese dia! exclamó con entusiasmo el rey.

Llegóse el emperador a una mesa, cogió una pluma, y presentando al rey unos papeles le dijo:

—Una firma en este tratado rompe todas vuestras cadenas.

Miró el rey al emperador con el mayor abatimiento.

—Entonces Carlos nunca saldrá de esta torre. Es forzoso borreis la obligacion que se me impone de premiar a un vasallo traidor, y erigir en reino mis dos mejores provincias.

—He dado mi palabra al duque de Borbon.

—Estoy resuelto a morir antes en esta torre, contestó resueltamente el rey.

Cogió el emperador la pluma y borró algunos renglones del tratado, diciendo:

—Consiento... pero aceptareis al menos la cláusula que os impone la cesion de la Borgoña. Qué es una provincia tan pobre comparada con la libertad de un rey?

—Sería un rey desleal, contestó indignado Francisco I, y torpe, reconstruyendo la casa de Borgoña, que ha costado tantos torrentes de sangre, crearia ademas un foco de donde en el centro de mis reinos brotasen las guerras civiles.

—En esta condicion, dijo el emperador, no puedo ceder, y sino accedeis nunca saldreis de esta torre.

—Hace diez meses que estoy acostumbrado a vivir muriendo en ella.

El emperador añadió en tono amenazador:

—Mirad que vuestros amigos, vuestra hermana corren riesgo de....

Con aire de triunfo interrumpióle el rey diciendo:

—Mi hermana se halla muy lejos de aquí; está donde no alcanza vuestro poder!

Terrible fué esta revelacion para el emperador, que veía frustrados todos sus cálculos políticos. Llamó a toda su comitiva y entraron en la estancia el conde de Burens, el obispo de Osma, el duque de Borbon y las dos damas italianas.

—Burens, dijo el emperador dirigiéndose a su ministro, el rey me dice que su hermana se ha fugado.

—La duquesa de Alençon, contestó el conde, hace tres dias que salió de noche de Madrid y tal vez llegue en estos momentos a Francia.

Irritóse fuertemente el emperador, y con cólera exclamó:

—Entonces que renuncie la Francia a recobrar jamás su rey.

—Se engaña V. M., contestó Francisco I. He burlado vuestras intenciones. Mi hermana lleva la mas alta y noble mision consigo. Va a publicar de órden mia mi abdicacion en Paris, y el acta que he firmado aqui mis-mocolocando en el trono a mi hijo. Podrá, si quereis, morir en esta torre Francisco de Valois, porque el monarca francés está en Paris con su corte!

Hubo un momento de admiracion en todos. El emperador despues de un momento de reflexion, inspirado por la critica situacion en que se hallaba, alargó afable la mano al rey diciéndole:

—Estais libre, hermano mio, sin pactos ni condiciones obrareis con la hidalguia que cumple a los nobles; venid conmigo a mi palacio.

—Pues generoso me dais la libertad, yo acepto vuestro tratado salvas las condiciones que V. M. mismo siendo rey de Francia desecharia. Quiero llevar a Paris una memoria que recuerde mis prisiones; rompeis hoy mis cadenas, haced que Himeneo forje en brazos de vuestra hermana otras en que cifre mi ventura. Doña Leonor, bella, encantadora, jóven, será sobre mi trono el ornato de la Francia y la gala de mi corte.

—Y el sello que ponga perpetua paz entre nuestros pueblos, añadió el emperador.

El duque de Borbon llegóse al emperador respetuosamente y le dijo:

—Yo vengo a pedir a V. M. que se me cumpla lo ofrecido erigiéndose en reino la Provenza y Delfinado.

—Yo he hecho lo que he podido, contestó el emperador, a todo el rey se negó.

—Os doy las gracias, señor.... Sé cuanto debo a vuestra bondad.

—Trato de recompensaros, continuó el emperador, dándoos la mano de doña Catalina Visconti, con la investidura del ducado de Milan. Rehusareis a esta hermosa jóven?

—Admito su mano! contestó el duque.

Tomó el emperador la mano de Susana y colocándola en la de Borbon, la dijo:

—Ved vuestro esposo, señora, que por voses ya dueño soberano de Milan.

—Enagena de gozo Susana apenas osaba mirar á su antiguo amante, temerosa de que fuese un sueño tanta felicidad.

—Quiero, dijo Carlos V, presenciar ambos depósitos que se han de celebrar hoy mismo en mi palacio. Mañana voy á partir á Barcelona, el duque marchará á Milan y los franceses saldrán con su rey para Bayona.

El obispo de Osma se presentó al emperador entonces y recordándole su encargo, le dijo:

—Quiere V. M. le presente el peregrino que por su orden voy á enviar á su santidad?

—Ya os di mis instrucciones, contestó el emperador, y lo podeis despachar cuando querais. Cuidad de que lleve bien mis intenciones.

El obispo dijo al oído del emperador:

—Dad antes, señor, á besar vuestra mano á ese joven piadoso que va á emprender tan largo camino por la tranquilidad de vuestra conciencia.

—Que entre, contestó el emperador cediendo á las instancias de su confesor.

Salíó el obispo, y un momento despues entró con un joven pálido, abatido, vestido de un tosco sayal y el bordon de peregrino en la mano. Al verle cayó desmayada Susana, ó sea Catalina Visconti, en brazos de su madre, el duque de Borbon manifestó en su rostro siempre firme la confusion, y todos admiraban la terrible impresion que producía el peregrino sin conocer la causa.

El emperador mismo participó del asombro general, y dirigiéndose al desconocido causa de tanta turbacion

—Quién sois, le dijo, que tanto aterra vuestra presencia?

—Permitidme antes de hablar, dijo el peregrino, que bese vuestros reales pies. Yo soy el caballero Ponthus de San Roman. Esa joven.... mi muger, llamada antes Susana, hoy duquesa de Milan. Unidos estamos los dos. Yo la di mi nombre, la confié mi honor!.... Los hombres no pueden disolver los lazos que formó y bendijo Dios. Como emperador y como rey es inmenso vuestro poder, pero es mayor el poder de la ley divina!

—Nada puedo replicar, contestó sorprendido el emperador. Sin duda veniais á anunciarme que no podiais cumplir mi mision?

—Hoy mismo partiré para Roma, contestó San Roman; y volviéndose á Susana que habia vuelto en sí, la dijo:

—Libre aun os dejo, señora, mirad cual es el esposo que habeis ofendido, y como ha correspondido á vuestro amor el hombre que le habeis preferido. Cuando solo érais Susana os sedujo.... y despreció. Duquesa de Milan os prefirió la hermana del emperador y cuando vió disiparse todas sus ilusiones, consentia en unirse á vos!!!

—Perdon, perdon! gritó arrojándose á sus pies la infiel esposa, empero Ponthus de San Roman saludó al emperador y se marchó, corriendo de sus húmedos ojos una amarga lágrima.

—Ahora podré yo decir, dijo el duque de Borbon, lo que oí á V. M. en Pavia. Todo lo he perdido, todo.

Miróle airado Francisco I, y contestó severo.

—Dije menos el honor, y vos no podreis decirlo, Borbon, pues al mundo sereis ejemplo de que el traidor el castigo halla en su misma traicion!!!

VIII.

Francisco I perdió el honor mas tarde! Firme en su prision de la torre de Lujan donde le siguió la admiracion de la Europa, salió de su cautividad suscribiendo el famoso tratado de Madrid. Libre y al otro lado del Pirineo, rehusó cumplir lo que habia solemnemente pactado,

desechó la mano de la princesa doña Leonor. Trató con los ingleses, con los italianos que se hallaban á merced de los ejércitos imperiales. Cuando Carlos V reclamó la ejecucion del tratado de Madrid, lo retó á desafío personal dejándole la eleccion de las armas, y evitando así el cumplir los pactos á que debía su libertad, faltando así á su palabra este rey á quien los historiadores de Francia llaman el *rey Caballero!*

El duque Borbon volvió á Italia á mandar aquellos estados y los ejércitos de Carlos V. Aprovechó una pequeña disidencia que sobrevino entre el papa Clemente VII y el virey de Nápoles Launoy; y sin contar con el emperador, contra la voluntad espresa del virey, lanzó sobre Roma su soldadesca feroz y desenfrenada, contando con temeraria empresa humillar á Launoy á quien destituyó, enriquecer á sus soldados con el inmenso botín de la capital del mundo cristiano, aumentar su reputacion, y tal vez echar los cimientos de un poder independiente. El 5 de mayo de 1527 acampa al frente de Roma. Enseña á sus soldados, luteranos la mayor parte, los ricos palacios, las magnificas iglesias donde tantas riquezas habia acumulado por tantos siglos la piedad cristiana, se las promete y les dá una noche de descanso para asaltar al siguiente día la ciudad sagrada.

Borbon resuelto á hacer memorable aquella jornada por la victoria ó por su muerte, al amanecer se presenta delante de sus tropas vestido de todas armas, con un gabán blanco para ser mejor conocido de amigos y enemigos, y conduce él mismo los soldados al asalto.

Por tres puntos á la vez, y con igual ardor se dá el asalto. Los suizos del papa combaten con un valor digno de guerreros á quienes estaba confiada la defensa de la mas famosa capital del mundo. Comienzan á replegarse las tropas de Borbon. Bajase precipitadamente de su caballo, coge una escala, la arrima al muro, y animando á los suyos con sus acciones y palabras, comienza á trepar por ella. Un tiro de mosquete disparado desde los baluartes, le atraviesa los riñones con una bala. Conoce que su herida es mortal; pero conserva bastante valor para recomendar á los que se hallan á su lado, que cubran su cuerpo con una capa á fin de ocultar su muerte y no desanimar su ejército, y espira algunos minutos despues con un valor digno de mejor causa. Su muerte es conocida poco tiempo despues de sus soldados que cambian su ardor en un frenético furor. Animados por la sed de venganza tornan de nuevo al asalto, y penetran en Roma con una violencia irresistible. Es imposible describir y aun imaginar los horrores que cometieron. La soldadesca desenfrenada cometió los mas atroces excesos. Se renovaron en la ciudad santa todos los horrores de los tiempos de Atila y Alarico. Iglesias, palacios, casas particulares, todo fué indistintamente saqueado. Ni la edad, ni la clase, ni el sexo se salvaron de los mas abominables ultrages. Las tropas del emperador Carlos V permanecieron en Roma seis meses, y aunque cargados de un inmenso botín, la insolencia y brutalidad de los soldados no se apaciguó en todo este tiempo. El papa Clemente quedó prisionero en el castillo de Santangelo bajo la vigilancia del capitán Alarcon, que por una singular coincidencia, fué el guardador de los dos personajes mas ilustres que habian sido hechos prisioneros en Europa despues de muchos siglos.

Los españoles condenaron estos excesos, y Carlos V para disimular sus sentimientos vistióse de luto, y por una hipocresia que no logró engañar á nadie, ordenó rogativas y procesiones en toda la España para obtener la libertad del papa, libertad que podia darle inmediatamente enviando una orden á los generales de sus ejércitos. El papa permaneció prisionero hasta que se ejecutó el tratado que el emperador le hizo firmar, escarmentado sin duda de que despues en libertad los reyes olvidan los mas solemnnes pactos.

Cuando los soldados vencedores vinieron á buscar el cuerpo de su general Borbon para tributarle los últimos honores, estaba aun cubierto con la capa con que él mismo mandó que le tapasen para ocultar su muerte. Un joven de bello rostro se hallaba arrodillado junto al cadáver, y parecía velarle religiosamente.

Estaba muerto, pero no herido! En vano buscaron la causa de su muerte. Al registrarle vieron que era una muger que habia seguido en traje varonil las huellas de Borbon.

Aquella muger era Susana!!!

Ponthus de San Roman habia marchado á Roma un año antes á cumplir la mision del emperador. Se habia quedado en el hospicio de los peregrinos de España viviendo santamente.

En el saqueo de Roma el hospicio de Santiago fué completamente robado, y degollados los infelices que se albergaban en él.

El cadáver de Ponthus de San Roman fué reconocido entre ellos.

El trascurso de tres siglos no ha sido bastante poderoso aun para borrar las huellas que dejó en Roma el saqueo del condestable Borbon... El que escribe estos renglones ha visto hace cuatro años con dolor en los palacios y las iglesias, estos deplorables vestigios de destruccion y ruina que hicieron maldecir por mucho tiempo en la ciudad santa el nombre español!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS ANEDOTICOS.

EL SOMBRERO DE FELIPE II.

I.

Jamás tuvo la magestad de Felipe II una fisonomía tan risueña y agradable, que cierta mañana de un día del mes de julio: en su época eran muy raras las casas de baños que existían en el Escorial, y gran parte de los moradores de aquel sitio no podían satisfacer el subido precio que exigían á los que querían disfrutar de este salutar remedio de verano. Felipe II con intento de poner hasta cierto punto, un dique al mal de que se lamentaban aquellos habitantes, dispuso que se estableciesen dos baños en cierto sitio, uno para mugeres y otro para hombres, donde pudiesen bañarse sin retribucion alguna. El arquitecto que se habia encargado de la direccion de esta importante obra, pasó á palacio para anunciar á S. M. que todo estaba ya terminado, y que ni aun los mas pobres de sus súbditos se privarian en adelante de los baños indispensables á ciertas naturalezas en épocas de tanto calor. Esta era precisamente la nueva que tanto habia dulcificado el rostro naturalmente severo del monarca, y puesto en sus labios una ligera sonrisa de satisfaccion. Felipe se estaba casualmente despojando de los vestidos con que habia ido á misa aquella mañana, cuando recibió esta noticia:

—Deldos, dijo al arquitecto, que se llamaba así: era costumbre de mis antepasados agasajar con un presente cualquiera al portador de una buena noticia, cuya costumbre ha desaparecido; pero yo quiero restablecerla en tu favor: antes que pasemos al Escorial para ver tu obra, recibirás una señal particular en prueba de mi gratitud.

Cuando dijo esto, ya habia soltado su vestido de calle, y volviéndose hacia el arquitecto, continuó:

—Sé cual es tu singular adhesión hacia mi persona, y atendiendo al precio de tus trabajos, te doy este recuerdo... es el amigo quien te le ofrece y no el soberano.

Y diciendo estas palabras presentó al arquitecto el sombrero negro de anchas alas que ceñía su soberana frente, siempre que vestía la ropa de que acababa de despojarse.

Antes de explicar á nuestros lectores lo singular de esta dádiva, preguntaremos si han visto el retrato de Felipe II que existe en el Escorial, y los que se hayan detenido para contemplar esta obra notable, especialmente por su semejanza, habrán podido observar que la cabeza del monarca, lejos de ser redonda, ancha u ova-

lada, como la de la mayor parte de los hombres, es larga y de forma cónica; era, pues, muy difícil que el artista encargado de hacerle un sombrero pudiese triunfar de las dificultades que presentaba su cabeza, y solo el tiempo y el frecuente uso, contribuían á que nuestro soberano pudiese ponerse un sombrero sin causarle grave molestia: fácilmente se concibe el mérito de su regalo, dando un sombrero que tan perfectamente se acomodaba á la forma de su cabeza; era un verdadero sacrificio el que Felipe se imponía haciendo este obsequio; era una gran prueba de afecto, al lado de la cual no habia suma, por considerable que fuera, que la igualase; pero Deldos no pensaba del mismo modo, y hubierá preferido cuatro ducados á todos los sombreros de todos los soberanos. Sin embargo, era bastante cortésano el arquitecto, para demostrar la cólera que guardaba en el fondo de su corazón, y en lugar de aparecer disgustado ó resentido, asomó en sus labios una sonrisa enigmática y respondió á Felipe II:

—Señor, estoy sumamente reconocido al favor que me dispensa V. M. Este sombrero es para mí una reliquia que no cederé por todos los tesoros del mundo; voy corriendo si me lo permitís á suspenderlo en la sala principal de mi casa, y será la herencia mas preciosa que legaré á mi hija.

—Marcha, contestó Felipe, y ven pronto para que podamos juntos al Escorial.

El arquitecto salió de palacio con el sombrero en la mano y mordiéndose los labios de coraje, y cuando estuvo en la calle, como caminase de prisa y furioso, dió un tropezon que le obligó á caer en tierra, pero al punto voló á su socorro un zapatero de portal, el que habiéndole levantado, viendo que Deldos se iba le llamó y le dijo:

—Señor, este sombrero que os dejais.

—Recíbelo en premio de tu buena obra, le respondió indignado... Es de Felipe II.

II.

En la noche de este día, un hombre que frisaba en los veinte y cinco años, iba por una de las calles de Madrid con una linterna en la mano; este hombre era Diego Lopez de Zuñiga, médico de uno de los regimientos de los guardias del rey: escuchemos algunas de las frases que se escapaban de sus labios, y vendremos en conocimiento del motivo de la desesperación que le dominaba en aquel instante.

—¡Padre bárbaro! decía Diego Lopez, un amor tan puro y verdadero ¿no son títulos suficientes para obte-

ner la mano de tu hija? ¡Padre cruel! ¿No sabes que es mi sentencia de muerte la que has pronunciado? ¿Qué me importa la vida sin Luisa? No quieres que me una a ella, porque en vez de una rica dote, no tengo más que una reputación y un corazón vivamente enajenado. ¡Avaro Deldos! ¡Dios te castigará, porque haces mi desgracia y la de tu hija!

Este corto monólogo, nos evita entrar en mas pormenores; Diego acaba de indicarnos sus mas recónditos pensamientos; sabemos que ama a Luisa, la hija del arquitecto Deldos; que la muchacha le corresponde; pero que la pobreza del joven es un obstáculo para que Deldos consienta en llevar á cabo tan desigual consorcio.

El médico llegó á la puerta de su casa, y se preparaba á llamar, cuando oyó gritos que revelaban una pendencia; cerca de su casa habia una taberna donde casi todas las noches se reunian varios soldados de la guarnicion, y esto dió motivo para que Diego sospechase que de allí procedian los gritos, y se apresuró á dirigirse hacia aquel parage. Con efecto, vió á la puerta de la taberna dos guardias del rey con las espadas desnudas, que al punto que reconocieron á su médico, se quitaron los sombreros con la mayor subordinacion y en medio del mayor silencio.

—¿Qué es esto? preguntó Diego acercando la linterna.

Los guardias no contestaban; Lopez les mandó envainar las espadas, y al poco rato se asomó el tabernero diciendo:

—Señor, estos dos militares, despues que se han bebido cinco botellas de vino, querian irse sin pagar... yo reclamo mi dinero, y esta es la razon porque me han molido el cuerpo á sablazos.

—Señor, dijo uno de los guardias; este hombre no dice la verdad; es cierto que nos hemos bebido cinco botellas de vino; pero es mentira que hayamos querido marcharnos sin pagarle, y prueba de ello es que le hemos propuesto pagarle con este sombrero de S. M. Felipe II, que un zapatero de portal ha vendido á mi compañero. Este hombre ruin ha respondido que le serviria para ponerlo á su perro, y entonces nosotros hemos castigado el desacato hecho contra nuestro soberano.

—Y aun cuando fuese el sombrero de un cardenal ¿qué me importará? ¿Vendo yo mi vino á cambio de sombreros? dijo el tabernero.

Diego Lopez impuso silencio, y pagó el gasto que habian hecho los soldados.

—Señor, dijo el propietario del sombrero, á vos os pertenece la alhaja.

Recelando el médico que al rehusar hallarian los guardias un desprecio hacia la persona augusta, tomó el sombrero, y entró en su casa con él en la mano.

III.

De las de su camarero recibió Felipe II otro, y con él partió para el Escorial en compañía del arquitecto y del duque de Alba. Todo el tiempo que duró la visita de los baños, el monarca llevaba con frecuencia la mano á su sombrero nuevo que horriblemente le martirizaba.

—¡Diantre de sombrero! murmuraba entre dientes.

Diantre de cabeza la mia, pudiera haber dicho con mas razon; ora se descubria, luego se pasaba la mano por la frente, ya se atusaba el cabello, y sin embargo, el sombrero se mostraba rebelde á las exigencias del cráneo de S. M. Este suplicio llegó á serle intolerable, y aunque no se quejaba, precipitó el momento de dar la vuelta á palacio, y penetrando en sus aposentos recibió la mas grande alegría al contemplar que podia soltar el maldito sombrero que tanto habia atormentado su frente.

—Está decidido, dijo; me hallo condenado á llevar siempre el mismo sombrero, querido Deldos, es indigno de un rey reclamar lo que una vez ha dado; pero ¿qué

quieres? me obliga á ello la necesidad. Ten la bondad de devolverme el sombrero con que no hace mucho tiempo te agasajé; yo te daré en cambio mil escudos, y así no sentirás tanto la pérdida que te hago experimentar.

A semejante petición, el arquitecto se puso alternativamente, blanco, amarillo, encarnado, su lengua se anudaba en su garganta, y el sudor corría en abundancia por su frente.

—Vamos, dijo el monarca ¿me has entendido?

—Ruego á V. M... que... que que se sirva perdonarme pe... pe... pero

—¿No le tienes en tu poder?

—¡Oh!... señor... yo... yo...

—¿A qué vienen esas exclamaciones?

—Es que... es que...

—Ya me impacientas. Es que, es que... acaba.

Deldos perdió la cabeza; ya no veia; apenas podia sostenerse de pie.

—Le tengo... en mi casa.

—¿Y eso es lo que te hace sudar? Ya sé que le tienes en tu casa; pues corre y tráemele, y si no yo enviaré por él.

—¡Oh! no, no, yo iré, dijo al instante el arquitecto.

Y volviéndose con presteza, quiso salir corriendo; pero tropezó en el escalon de una puerta y cayó á tierra, lo cual produjo gran risa entre los circunstantes.

—Se ha vuelto loco dijo el rey; acaso haya sentido devolverme el sombrero.

IV.

Sentado se hallaba Diego en un ancho sillón con las piernas cruzadas, la cabeza apoyada contra sus manos y los codos sobre una mesa, cuando dos grandes golpes que dieron á su puerta interrumpieron sus amorosas reflexiones.

—¿Quién se atreve á llamar de esta manera? exclamó Diego levantándose y abriendo.

Grande fué su sorpresa cuando conoció al arquitecto Deldos, al padre de Luisa.

—Caballero Lopez, dijo Deldos, olvidad nuestra indisposicion de esta mañana; vos podeis salvarme la vida si quereis.

A estas palabras, Diego trasportado de alegría apretó la mano del arquitecto, creyendo que Luisa habia conseguido enternecer á su padre, y que Deldos, conmovido por las lágrimas de su hija, habia venido para retractarse de las insultantes palabras que anteriormente le habia dirigido.

—¿Que olvide nuestra indisposicion? exclamó el enamorado, ¡ah! desde luego... vos me haceis el mas dichoso de los mortales. Pero me habeis dicho, si no me engaño, que puedo salvaros la vida; hablad; mi vida está á vuestra disposicion. Respetable Deldos, ¿qué necesito hacer?

—Es preciso que me vendais este sombrero que miro sobre esta silla, respondió el arquitecto cogiéndole.

—¿Vendéroslo? Me haceis un insulto; tomadle, os lo doy de buena gana.

—¡Bien, bien! Vos evitais que yo muera de vergüenza y de dolor.

—¿Por qué? Esplicadme.

—Suponed que S. M. me hizo este regalo, cuyo alto favor me pareció una burla, y al salir de palacio se lo di á un zapatero de portal; grave falta que podia conducirme á la desgracia: lastimábale mucho al rey el sombrero nuevo que le dieron, porque no habia podido todavía tomar la forma de su cabeza, y me pidió el viejo. Supe por el zapatero que estaba en poder de dos guardias del rey, que todas las noches concurren á la taberna de la calle del Caballero de Gracia, pregunto al tabernero, me refiere la historia del sombrero, sé que está en

vuestro poder y corro para obtenerle: S. M. me espera con impaciencia y no debo por mas tiempo prolongar su inquietud; felizmente el palacio no está distante de aquí.

—Dispensad un momento, dijo Diego ¿luego no es Luisa la que os ha enviado; no habeis venido á traerme una dulce esperanza, para concederme la mano de la que amo tanto?

—Pero yo, ¿cuándo os he dicho?...

—No, prosiguió el médico interponiéndose al arquitecto; devolvedme el sombrero, caballero Deldos; yo le he comprado, me pertenece, y no permitiré que le lleveis sino me aceptais por verno.

—¿Y pensais que yo cambie á mi hija por un sombrero? ¿Es este sombrero la dote que quereis llevar?

—¿No me dais á Luisa? dijo el médico arrancándole de las manos de Deldos, pues no hay sombrero.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Vos quereis que yo muera!

—Pues dadme la mano de vuestra hija.

—Eso es imposible; pensadlo bien.... Sois un hombre honrado, leal, buen militar, un sábio médico, todo lo sé; pero no teneis nada que llevar en dote, y Luisa tendra cien mil escudos el día que quiera casarse: ved bien lo que exigis, que es imposible que seais su marido.

—Pues bien, si vos sois pertinaz, yo tambien lo soy, y no daré este sombrero mas que á mi suegro.... Y ahora volved á palacio si quereis y repetid estas mismas palabras á S. M.

Despues de haber empleado, aunque en vano, promesas y ruegos, para hacer cambiar la resolucíon de Diego, el arquitecto desconsolado se retiró amenazando al médico con la cólera del rey.

V.

El arquitecto se echó á los pies de Felipe exclamando:

—¡Perdon! ¡Perdon!

—¿Qué te ha sucedido? dijo el rey inclinándose para levantarle.

—No, no, repuso Deldos, soy un miserable, indigno del alto favor que me dispensais, yo no me levantaré del suelo sin que V. M. se haya dignado perdonarme.

—Bien, te perdono, contestó el monarca, que creyó mas que nunca que el arquitecto se habia vuelto loco. Pero por Dios, esplicame tu falta.

Entonces el arquitecto, asegurado con la palabra del rey, le contestó el uso que habia hecho de su sombrero, cómo lo habia dado á un zapatero, de las manos del cual pasó á poder de las de dos guardias, y de estas á las de Diego Lopez de Zúñiga, médico del regimiento de los guardias de S. M.

—Ya está descifrado el misterio, dijo Felipe sonriendo; ¿conque has dado mi sombrero á un zapatero de portal? seguramente tu accion no es digna de alabanza, ni digna de un hombre á quien hice tan sincero presente. El médico Diego Lopez, de Zúñiga te ha dado un ejemplo del respeto que se debe á la cosa mas insignificante de un soberano. Dices que se llama Diego Lopez de Zúñiga; su nombre no me es desconocido; es, creo, un fiel servidor, hombre probo, sábio y modesto, tres cualidades que raramente se encuentran en un mismo individuo. Que vayan á buscar á ese facultativo, prosiguió el rey dirigiéndose á uno de la servidumbre; quiero saber de su boca el motivo que le ha decidido á ejecutar esta accion.

Poco despues, á consecuencia de las órdenes del rey, el médico se encontraba en la presencia de su soberano.

—Diego, dijo Felipe con acento de complacencia, ¿por qué no has consentido en restituir á Deldos el sombrero que reclamaba?

—Señor, contestó el médico respetuosamente; voy á hablar con franqueza á V. M. Dos razones son las que he tenido presentes; la primera, conservar un objeto que habia pertenecido á V. M.

—¿Y la segunda?

—La segunda, la persuasión en que estaba, de que sabiendo V. M. el indigno empleo que Deldos habia hecho de este regalo, perderia vuestra gracia.

—Esa razon, no es cristiana, dijo Felipe con voz severa y fijando los ojos en el médico; ¿qué interés puedes tener en que yo retire á Deldos de mi gracia?

En pocas palabras refirió Diego al rey la historia de sus amores.

—Todo lo comprendo ahora, dijo el rey cuya voz habia tomado una entonacion dulce y afectuosa; tambien adivino lo que ha movido á Deldos para negarte la mano de su hija. Eres pobre ¿es verdad? Este es tu crimen; pero imperdonable ante los ojos de ciertas gentes. Y dime, ¿te hallas correspondido de Luisa?

—Señor, yo no lo sé...

—No olvides que es tu soberano quien te habla; no hay indiscrecion en la pregunta que te dirijo; habla sin temor. ¿Luisa se muestra sensible á tu amor?

—Señor, yo creo que si.

—Es decir, que estás seguro de ello... Muy bien. Zúñiga, hace mucho tiempo que tengo una deuda á tu favor, deuda sagrada, y que hoy mismo debo satisfacer... ¿Has estado en San Quintín?

—Esa fué mi primer campaña, señor, repuso el médico.

—Me acuerdo: jamás te separaste de Filiberto, duque de Saboya; y á pesar del fuego del enemigo, trasportabas los heridos con suma energia, sin temor al fuego de cañon que diezaba nuestras filas; una bala de mosquete hirió tu brazo, y sin embargo no abandonaste tu puesto, y proseguiste curando á nuestros heridos. Desde este momento quedas en palacio en calidad de médico, con seis mil escudos de renta.

—¡Oh! señor, exclamó Diego conmovido, ¿cómo mostrarme reconocido á tanta bondad?

—Sirviéndome con adhesion y fidelidad, de la cual tienes dadas tantas pruebas. Y tú, Deldos, prosiguió el soberano dirigiéndose al arquitecto, te doy ocasion para hacerte olvidar lo que tu conducta ha ofendido á mi real persona. Has negado la mano de Luisa al médico del regimiento de los guardias del rey, yo la pido para el médico de Felipe II.

Se adivina la respuesta del arquitecto.

—Y ahora continuó el monarca volviéndose de nuevo hacia Diego, ¿te hallas dispuesto á darme mi sombrero?

—¡Ah señor! este sombrero, á quien debo mi honor, mi dicha ¿cómo podré despojarme de él?

—¿Acaso vas á suspenderlo como una reliquia en tu mejor habitacion? ¿Será esta la herencia mas preciosa que legues en favor de tu hija? dijo el rey repitiendo palabra por palabra las frases del arquitecto.

—Señor no me avergüenze V. M., dijo Deldos que habia comprendido la sátira.

—Vamos, ya no me acuerdo de nada, sino de la promesa que acabo de hacer, repuso el rey; recordad que debo firmar el contrato de Diego Lopez de Zúñiga; todo el mundo gana aquí, siendo yo solo el que pierde en este negocio... si, porque pierdo mi sombrero.

I. A. B.

